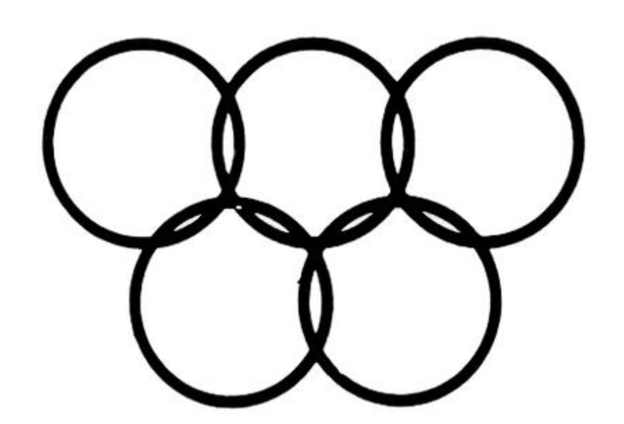


ASESINATO EN EL HIPODROMO

Alan Parker



COLECCION
DOBLE JUEGO



ALAN PARKER

ASESINATO EN EL HIPODROMO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 48
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA **COLECCIÓN**

43—*Idolo de barro,* Lucky Narty

44—*Manos vacías,* Lem Ryan

45—*La apuesta era la vida,* George Sound

46—*El terror de les estadios,* Joseph Berna

47—*Sangre, oro y ¡gloria!,* Lucky Marty

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 313-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1983
2.ª edición en América: agosto, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Al inspector Hopkins le pasaron la comunicación cuando se disponía a ir a tomar el té.

—¿Sí?

—Inspector, soy la señora Mason. Estoy muy preocupada por mi marido.

—Cálmese, señora Mason. Dígame qué le ocurre.

—Esta mañana, al levantarme, he encontrado una nota de mi marido en la que se despedía de mí. Al principio no le he dado excesiva importancia, pero...

—Un momento, señora Mason —cortó el inspector Hopkins—. ¿Por qué no le ha dado excesiva importancia?

—Inspector, preferiría que viniera usted a mi casa... —dijo la mujer.

—De acuerdo. ¿Dónde vive?

—Calle Mayflower. En el número 76.

—Bien. Estaré ahí dentro de una media hora.

—Gracias, inspector.

El inspector Hopkins colgó el teléfono y dejó escapar un suspiro. Había planeado tener el resto de la tarde libre para poder ir al cine con su esposa. Bueno, procuraría no entretenerse demasiado con la señora Mason e intentaría complacer a su paciente y abnegada Sally. De todos modos, llamó a su esposa para comunicarle que a lo mejor llegaba con un poco de retraso.

—Ya estoy viendo que hoy tampoco vamos a salir —dijo ella malhumorada.

—Claro que sí, cariño. Mira, estaré en casa dentro de... una hora. ¿De acuerdo?

—¡Qué remedio!

Para ganar un poco más de tiempo, el inspector Hopkins ni siquiera tomó el té y abandonó Scotland Yard diez minutos después de haber hablado con su esposa y de haber cursado un par de documentos que tenía sobre su mesa de despacho.

Afortunadamente tuvo suerte con el tráfico y se plantó en casa de la agitada señora Mason antes del tiempo previsto.

La mujer que le abrió la puerta era muy hermosa. Llevaba una bata de seda de color negro. Debajo de la misma no había gran cosa. Era rubia y tenía los labios pálidos.

—¿Señora Mason?

—Sí.

—Soy el inspector Hopkins.

—¡Oh, inspector! Perdone que le reciba así —se excusó la mujer haciéndose a un lado—. Pero no he tenido tiempo de cambiarme de ropa. Estoy tan nerviosa que no sé lo que me hago.

—No tiene importancia, señora Mason.

La bella mujer le condujo a través del elegante vestíbulo hasta un amplio salón donde había una gran biblioteca. En las paredes había vitrinas con muchos trofeos y fotografías de hípica.

—Es mi marido —aclaró la señora Mason—: un famoso jockey. Bueno, lo era...

—¿Jack Mason? —preguntó el inspector acercándose a las fotografías.

—El mismo. ¿Le conocía?

—Sí. Soy bastante aficionado a las carreras de caballos. Le he visto correr en varias ocasiones. Es muy bueno.

—Gracias, inspector. Yo también creo lo mismo. Jack era el mejor jockey del mundo.

—¿Por qué dice... *era?* —le preguntó el inspector volviéndose para mirarla.

—Porque temo que le haya podido ocurrir algo terrible, inspector —respondió la mujer a punto de llorar.

—¿Quiere, por favor, explicarme qué ha ocurrido? —preguntó Hopkins disponiéndose a encender un cigarrillo—. ¿Le molesta que fume?

La señora Mason movió la cabeza.

—Verá, inspector —dijo después—, creo que será mejor que se lo cuente todo desde un principio...

«Espero que no sea una historia demasiado larga», se dijo Hopkins. «No quisiera hacer esperar demasiado a Sally.»

—Mi esposo llevaba una temporada muy mala. Estaba nervioso, apenas dormía... Había sido siempre un hombre pacífico y amable. Sin embargo, últimamente nos peleábamos con mucha frecuencia. Incluso hace unos días me pegó... Estaba insoportable, inspector. La verdad es que había llegado a pensar separarme de él.

—¿Tiene alguna idea de a qué se debía ese repentino cambio de carácter?

—No, inspector. Y le juro que intenté averiguarlo. Se lo pregunté muchas veces, pero él siempre me respondía lo mismo: «No me ocurre nada. Son los nervios. Tendré que ir al médico.» Pero nunca fue.

—Muy bien —asintió el inspector—. Siga.

—Esta mañana, al levantarme de la cama, he encontrado esta nota sobre la mesita de noche —dijo la mujer entregando al inspector un pedazo de papel.

«Adiós, cariño. Creo que es lo mejor que podemos hacer. No volverás a verme. Te quiere y te querrá siempre, Jack.»

—Como le he dicho por teléfono —prosiguió la mujer—, al principio no le he dado demasiada importancia porque no era la primera nota que me dejaba en la que se despedía de mí. Siempre, al cabo de un par o tres de horas, ya estaba de regreso en casa disculpándose. Pero ahora es distinto. Son las seis de la tarde, inspector, y no he tenido noticias de Jack en todo el día. Estoy preocupada. Me temo que esta vez haya cometido alguna barbaridad. En los últimos tres días estaba muy deprimido y había mencionado la palabra «suicidio».

—¿Teme que haya podido suicidarse, señora Mason? ¿Le cree capaz?

—Antes no. Últimamente sí. Era un hombre acabado.

—Si mal no recuerdo —dijo de pronto el inspector—, su marido hacía algún tiempo que no participaba en ninguna carrera, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Y no podría ser ésa la causa de su cambio de carácter?

—Es posible. Pero él nunca lo admitió.

—¿Por qué había dejado de correr, señora Mason?

—No lo sé. Jamás me lo dijo.

—¿Nunca le confesó la causa de su alejamiento de las pistas?

—Nunca.

—¿Y usted no se lo preguntó?

—¡Claro que lo hice! ¡Cientos de veces, inspector! Pero siempre me respondía con lo mismo: «No te importa. Eso es algo que sólo me preocupa a mí.» Como comprenderá por lo que acabo de contarle, nuestra situación se había hecho insostenible. Jack había perdido su confianza en mí y eso me dolía terriblemente porque me impedía ayudarle.

—Comprendo... —asintió el inspector—, ¿Puede dejarme esa nota, señora Mason?

—Naturalmente.

El inspector volvió a leerla y se la guardó en el bolsillo de la americana.

—Bien —dijo después—. Daré aviso para que busquen a su marido. ¿Qué coche llevaba?

—Un Bentley modelo 79. Color rojo. Matrícula EML.7056.

Hopkins transmitió aquellos datos por teléfono a Scotland Yard y luego se volvió a la señora Mason.

—La mantendremos informada, señora —le dijo—. De momento, es cuanto podemos hacer.

—Muchas gracias, inspector. Quiera Dios que no le haya ocurrido nada irreparable.

Cuando el inspector Hopkins abandonó la casa de los Mason se dirigió apresuradamente a su coche, que había dejado aparcado en la esquina.

Según él, aquél era un caso que no entrañaba ningún misterio. Jack Mason estaba atravesando una mala época y ello había alterado sus nervios. Si en un par de ocasiones ya se había marchado de casa y luego había vuelto no había razón para que ahora no hiciera lo mismo. Sólo era cuestión de dejar que transcurrieran algunas horas hasta que Mason volviese a recapacitar y regresase junto a su bella esposa.

Ciertamente se trataba de una mujer hermosa.

Más tarde, en el cine, Hopkins apenas prestó atención a la película que estaban proyectando. Su mente estaba en aquel precioso cuerpo y en aquellos labios pálidos pero terriblemente sensuales...

—¿Te gusta? —oyó que le preguntaba su esposa.

—¿Qué?

—Que si te gusta la película...

—¡Oh, sí! Es muy bonita, Sally. Muy bonita.

—¡Silencio! —cuchichearon en la fila de atrás.

Y Hopkins se arrellanó en su asiento con el propósito de seguir atentamente la película.

Pero no pudo.

Seguía pensando en ella.

* * *

Los agentes Davis y Moon aparcaron su coche-patrulla frente al bar de Goose, donde se bebía la mejor cerveza de todo Londres. Cerca del bar pasaba el río Támesis. Era aquélla una zona tranquila puesto que se encontraba prácticamente en las afueras de la ciudad.

—¡Buenos días, agentes! —saludó Goose. Era un tipo gordo y rojizo.

—Hola, Goose, ¿Alguna novedad?

—Nada. Todo está en calma. ¿Un par de jarritas?

Los dos agentes asintieron con la cabeza. Davis encendió un cigarrillo, mientras que su compañero se disponía a jugar en una de aquellas diabólicas máquinas de las que nunca obtenía ni un penique.

De repente, y antes de que pudieran tomar ni un sorbo de cerveza, oyeron que funcionaba el aparato de radio que llevaban en el coche.

Moon se precipitó a contestar. Davis, que se había quedado en el interior del bar, vio que su compañero asentía repetidas veces con la cabeza. Luego le hizo una señal dándole a entender que la fiesta había terminado.

Davis apuró de un trago la jarra y regresó junto a Moon.

—¿Qué pasa?

—Alguien cerca de aquí ha visto caer un coche al agua.

* * *

Al salir del cine, el matrimonio Hopkins se metió en un modesto restaurante de Picadilly. Era uno de los pocos lugares de Londres donde todavía se podía comer bien a un precio módico.

Y es que la paga de inspector de policía no daba para más.

—La película me ha encantado —dijo la señora Hopkins—. ¡Qué romántica! ¿No te parece, cariño?

—La he encontrado un poco cursi.

—¿Cursi? Todos los hombres sois iguales. Cuando una película es romántica decís que es cursi, y es que los hombres no sois románticos.

—Será eso, nena... —dijo Hopkins consultando su reloj.

—¿Tienes prisa? —le preguntó su mujer.

—No. Pero he de llamar a Scotland Yard. Nicholson tiene que darme un par de datos para un caso que tengo entre manos. Perdona.

Hopkins se levantó y se dirigió al teléfono.

Marcó el número de Scotland Yard y esperó unos segundos.

—Soy el inspector Hopkins. Póngame con Nicholson.

Otra breve espera.

—El inspector Nicholson ha tenido que atender un caso, inspector —se oyó de pronto al otro lado del hilo.

—De acuerdo. Que me llame luego a casa.

Hopkins colgó y regresó junto a su mujer. Cenaron en paz y una hora más tarde estaban de regreso a casa. El inspector se despojó de la americana y se sentó en su sillón favorito para leer el periódico, del que en realidad sólo le interesaba la sección de deportes y sucesos.

Su esposa le trajo un coñac y luego se sentó en sus rodillas. Hopkins dejó el periódico a un lado porque sabía que Sally deseaba que la atendiera debidamente y, cuando la estaba besando y acariciando uno de sus rollizos muslos, sonó el teléfono.

Sally alargó el brazo y descolgó.

—¿Sí?

—Hola, Sally —se oyó al otro lado del hilo—. Soy Nicholson. ¿Está por ahí tu marido?

—Sí, un momento —respondió con fastidio la mujer entregándole el aparato a su esposo.

—¿Qué tal, Tom? ¿Tienes esos datos?

—Todavía no. He tenido que atender un caso.

—¿Importante?

—Pues aún no lo sé. Un tipo se ha arrojado al Támesis con su coche. Estamos averiguando de quién se trata.

—Bien, ya me darás esos datos mañana.

—De acuerdo, John. Hasta mañana.

El inspector colgó y volvió a atender los muslos de su mujer. Diez

minutos después estaban haciendo el amor sobre la alfombra.

Al día siguiente, a las ocho en punto de la mañana, Hopkins entraba en su pequeño despacho de Scotland Yard. Nicholson ya se encontraba allí saboreando una taza de humeante café.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Hopkins.

—Ya sabemos la identidad del tipo que se arrojó al Támesis con su coche. Jack Mason, el famoso jockey.

—¿Qué? —preguntó sorprendido Hopkins.

Nicholson sonrió.

—Sabía que te impresionaría. Me he enterado de que su mujer te llamó porque estaba preocupada por la desaparición de su marido.

—Así es. Supongo que estará muerto.

—Es lo más probable.

Hopkins se volvió a su compañero.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no hemos encontrado su cuerpo.

—Ya.

—En aquella parte del río la corriente es muy fuerte —dijo Nicholson —, Supongo que al caer al agua saldría despedido del coche y vete a saber adónde habrá ido a parar. ¿Quieres hacerte cargo del caso, John?

—Tengo un montón de cosas que hacer, Tom. Encárgaselo a otro... —de repente, Hopkins recordó a aquella bella mujer. Necesitaba volver a verla—. Un momento...

—¿Qué?

—Iré a hablar con su esposa. Es lo menos que puedo hacer puesto que he sido yo quien ha empezado este asunto. Luego, que se ocupe otro.

Nicholson se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Me apostaría el cuello a que se trata de una mujer muy bonita.

Hopkins gruñó algo y abandonó el despacho.

Mientras conducía hacia la casa de los Mason se iba diciendo que aquélla era la parte de su profesión que más le desagradaba. Odiaba tener que comunicarles a las personas las malas noticias.

En esta ocasión, la esposa de Mason vestía con algo más de decoro a pesar de que el jersey blanco que llevaba resaltaba la insinuante redondez de sus pechos y la turgencia de los pezones. Sus cabellos rubios le caían sobre los hombros. Hopkins sintió un nudo en la boca del estómago Aquella mujer le encendía la sangre.

Sólo una cosa le sorprendió:

—Lo sé todo —dijo ella.

Hopkins entró en la casa y cerró la puerta. Siguió a la esposa de Mason hasta el salón.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó el inspector—. ¿Se lo ha dicho mi compañero Nicholson?

De repente, la mujer se derrumbó en un sillón y se puso a llorar desconsoladamente.

—Cálmese... —dijo Hopkins.

—Me ha llamado un hombre...

—¿Qué?

Ella alzó su hermoso rostro lleno de lágrimas y miró al inspector.

—¡Me ha llamado un hombre hace menos de una hora, inspector! Y me ha dicho que Jack era *el primero.* Que luego seguirían otros... Yo... yo no sabía de qué me estaba hablando y entonces me lo ha dicho... me ha dicho que *ha matado* a Jack... pero que hay más... que él no sería *el único.* ¡No entiendo nada, inspector!

—¿Está completamente segura de lo que está diciendo, señora Mason?

—¡Claro que sí!

Hopkins se sentó frente a ella.

—Eso cambia del todo las cosas, señora Mason. Si lo que acaba usted de decirme es cierto, y no lo pongo en duda, ya no se trata de un accidente, que es lo que yo pensaba, sino de un crimen.

—¿Por qué iba a querer alguien asesinar a mi marido? —casi gritó la mujer.

—No lo sé, naturalmente. Y eso es lo que trataré de averiguar. ¿Puedo utilizar su teléfono?

—Claro, inspector.

Hopkins llamó a Scotland Yard y pidió comunicación con Nicholson. Le contó lo que sucedía y le preguntó si ya había aparecido el cuerpo de Mason

—Todavía no, John.

—Si hay alguna novedad, comunícamelo de inmediato.

—¿Significa eso que vas a hacerte cargo del caso?

—Si el jefe no ordena lo contrario, sí.

Hopkins colgó y se volvió hacia la desconsolada esposa.

—¿No han encontrado el cuerpo de mi marido? —preguntó con evidente sorpresa.

—Aún no.

—Entonces, puede que no esté muerto...

—Quién sabe, señora Mason.

CAPITULO II

Las apuestas estaban 5 a 1 favorables a «White Wolf», un magnífico caballo propiedad de sir Arthur Boyle. El jockey que lo montaba se llamaba Tim Benson, un pequeño australiano de cara pecosa.

El hipódromo estaba repleto de gente, ya que la carrera se presentaba muy interesante.

El inspector Hopkins llegó cuando faltaban unos quince minutos para que comenzase la prueba. Le mostró su placa al empleado que vigilaba las instalaciones donde se encontraban los jockeys y sus respectivas monturas. Aquél era un lugar en el que estaba terminantemente prohibido entrar, salvo a los dueños de los caballos, los jockeys y... la policía.

Hopkins era un buen aficionado a las carreras de caballos. Entendía bastante y por ese motivo había hecho su apuesta a favor de «White Wolf». Una apuesta modesta, claro.

Vio a Tim Benson hablando con sir Arthur Boyle, el millonario y antipático propietario de una de las más importantes factorías británicas instaladas en Nueva Delhi. Era un hombre extraño, poderoso y déspota. Tenía unos sesenta años y era famoso por las orgías que se celebraban en su mansión de Brighton y en las que Scotland Yard había tenido que intervenir alguna vez.

—Señor Benson...

El jockey y sir Arthur Boyle se volvieron. El millonario arrugó el ceño. Olía un policía a un kilómetro de distancia.

—¿Qué desea? —preguntó el jockey.

—Hablar un momento a solas con usted —le respondió Hopkins mostrándole sus credenciales.

—La carrera está a punto de comenzar —dijo con rudeza sir Arthur—. ¿No podría esperar a que termine?

El inspector pensó que quizá fuera mejor así. No quería poner nervioso al jockey con sus preguntas y perder la oportunidad de ganar algunas libras.

—De acuerdo, sir Boyle —asintió el inspector—. Esperaré.

Los dos hombres se alejaron. Hopkins encendió un cigarrillo y se dispuso a contemplar la carrera desde una privilegiada localidad como era aquel recinto al que nadie del público podía tener acceso.

Cuando se dio la orden de salida, los caballos salieron disparados y a los pocos metros ya se vio claramente quién iba a ser el ganador en el supuesto de que no ocurriese ninguna desgracia. «White Wolf» se había colocado en cabeza. Llevaba algo más de un largo al segundo clasificado,

«Hurricane».

Hopkins sonrió para sus adentros. Si ganaba «White Wolf» él se embolsaría algunos cientos de libras. Le iba a dar una buena sorpresa a su mujer...

El caballo de sir Boyle aumentó su ventaja. «Hurricane» le iba peligrosamente a la zaga, pero estaba claro que no podía ganar. Además, el pequeño jockey que montaba a «White Wolf» era un hombre experimentado y podía muy bien ocurrir que estuviera engañando a su contrario, haciéndole creer que existía alguna posibilidad de darle alcance para, en la recta final, lanzarse a todo galope hacia la meta y dar de ese modo un poco más de emoción a la carrera.

Y fue así como ocurrió exactamente.

Cuando faltaban apenas unos cincuenta metros para cruzar la línea de meta, Tim Benson forzó a su caballo y entró en primera posición con más de un largo de ventaja.

Hopkins se sentía satisfecho. Acababa de ganar trescientas veinte libras.

Esperó a que Tim Benson y el millonario recibieran las felicitaciones del público y después de posar para los fotógrafos, entraron en el recinto.

—Ha hecho una magnífica carrera —le dijo el inspector al jockey.

—Gracias —respondió éste escuetamente desmontando de un salto. Luego él y sir Arthur hablaron unas palabras a solas. Finalmente. Benson se acercó a Hopkins—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Hablarle de Jack Mason.

Benson no dijo nada. Simplemente, se quedó mirando al inspector como si esperase que fuera éste quien pronunciase la primera palabra.

—Tengo entendido que usted y Mason eran buenos amigos —le dijo Hopkins.

—Sí, *lo éramos...* —asintió Benson recalcando las dos últimas palabras.

—¿Quiere decir que ya no lo son? —preguntó Hopkins.

—No.

—¿Puedo saber el motivo?

—No creo que sea de su incumbencia, inspector —respondió Benson.

Hopkins observó con el rabillo del ojo que sir Arthur Boyle se encontraba a pocos metros de ellos como si pretendiera escuchar la conversación que estaban sosteniendo los dos hombres. Aquello molestó bastante al inspector aunque no dijo nada.

—Este es un interrogatorio oficial, señor Benson —gruñó Hopkins—. Así que mucho me temo que tendrá que responder a todas mis preguntas.

—En cierta ocasión discutimos por motivos profesionales —respondió Benson—. Desde entonces, ya no fuimos tan amigos. Pero inspector, ¿a qué viene este interrogatorio? ¿Es que le ha ocurrido algo grave a Jack?

Hopkins se lo contó.

Observó que el jockey palidecía.

—Lo lamento —dijo éste después—. Espero que no le haya ocurrido nada malo.

—Lo más seguro es que haya muerto —respondió pensativamente Hopkins—, pero su cuerpo habrá sido arrastrado por las fuertes corrientes que existen en aquella zona. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo con él, señor Benson?

—Hará un par de meses.

—¿Y no le había vuelto a ver desde entonces?

—No.

—¿Sabe si tenía algún problema grave? Su esposa asegura que de un tiempo a esta parte su carácter había cambiado mucho. Se había vuelto violento.

—Mason siempre fue un hombre violento, inspector —dijo Benson—, ¿Por qué cree que discutimos? No fue por mi culpa, se lo aseguro. Yo me avine a todo tipo de razonamientos. Pero Jack, no. Se mostró rudo y agresivo. Incluso intentó golpearme. Era su forma de ser.

—Es raro. Su esposa asegura lo contrario.

—Teresa podrá decir lo que quiera —gruñó Benson—. Al fin y al cabo era su esposo. Pero lo cierto es que Jack era un individuo violento.

Era curioso, pensó el inspector, que hasta aquel momento no se hubiera enterado del nombre de aquella hermosa mujer: Teresa...

—Todavía no ha contestado a mi pregunta, señor Benson —dijo Hopkins—, ¿Sabe si Mason tenía algún problema grave?

—Lo ignoro por completo.

—Usted y él eran buenos amigos. Y los buenos amigos siempre se cuentan sus secretos...

—Señor Hopkins, es cierto que Mason y yo éramos buenos amigos pero no nos contábamos ningún tipo de secreto por la sencilla razón de que, al menos por mi parte, no los tenía. Y Mason era demasiado reservado para contar los suyos. Lo único que puedo decirle es que le gustaban mucho las mujeres y que él y Teresa habían tenido alguna discusión por eso. Es lo único que sé. Y ahora, si me lo permite, iré a ducharme. Estoy empapado de sudor.

—De acuerdo, señor Benson. Pero a lo mejor volveré a necesitarle.

El jockey se alejó lentamente.

Hopkins miró en dirección al millonario. Este se encontraba en la barra del elegante bar que había al otro lado del recinto. El inspector se acercó hasta él.

—Sir Boyle...

El millonario se volvió.

—¡Inspector! —exclamó—, ¿Todavía por aquí?

Hopkins sonrió. Sabía perfectamente que el millonario había estado intentando husmear en la conversación que acababa de mantener con el jockey y sin embargo ahora pretendía hacerse el tonto.

—¿Conocía usted a Jack Mason? —le preguntó Hopkins.

—Claro que le conocía. ¿Por qué lo pregunta?

El inspector no tuvo más remedio que contarle lo que ocurría.

—Lo siento por su esposa —dijo el millonario—. Es una excelente persona y una mujer muy bella. En cuanto a él...

—¿Sí?

—Era un canalla.

—¿Por qué dice eso?

—La trataba como un animal. Pero no sólo a ella. A todo el mundo. Todo lo que tenía de buen jockey lo tenía de déspota. Yo le odiaba. No le hubiera tenido en mis cuadras por nada del mundo. Muchas veces se emborrachaba antes de una carrera. No me extrañaría nada que tuviera un montón de enemigos y que alguno de ellos le hubiera matado.

El millonario dejó su copa encima del mostrador y se alejó sin añadir una sola palabra más.

Hopkins miró pensativamente a su alrededor en busca de alguien que pudiera darle más información de Jack Mason. Al no encontrar a nadie, fue a cobrar su apuesta.

Luego, mientras conducía su coche a Scotland Yard, hizo un repentino cambio de planes. En lugar de dirigirse a jefatura, se dirigió al domicilio del jockey.

Deseaba volver a hablar con Teresa, con aquella mujer a la que cada día deseaba más ardientemente.

* * *

Le recibió con un jersey bastante escotado y unos viejos y ceñidos vaqueros que realzaban el prieto contorno de sus muslos. Se había recogido desordenadamente los cabellos y estaba fumando un cigarrillo.

—¡Oh, es usted, inspector Hopkins!

—¿Podemos hablar un momento?

—Por supuesto. Entre.

Después de cerrar la puerta, ella le preguntó de inmediato:

—¿Hay alguna noticia de mi marido?

—No. Todo sigue igual. Su cuerpo aún no ha aparecido.

Se sentaron el uno frente al otro en el salón.

—¿Quiere beber algo, inspector?

—No, muchas gracias. Señora Mason, vengo del hipódromo. He estado hablando con Tim Benson...

Hopkins estudió el rostro de la mujer para comprobar si aquel nombre

le producía algún efecto, pero no observó nada de particular. Teresa se limitó a mirarle mientras sostenía el humeante cigarrillo entre los dedos.

—Benson me ha dicho algo que me ha sorprendido y que no concuerda con lo que usted me ha hablado de su marido.

—¿Qué es ello, inspector?

—Asegura que su marido era un hombre muy violento.

—No es cierto. Todo lo contrario, era muy cariñoso y amable. Sólo últimamente había cambiado de carácter, como ya le dije el otro día. Benson le ha engañado.

—¿Y qué motivos tenía para hacerlo, señora Mason?

—Lo ignoro.

Hopkins permaneció pensativo durante un momento en los que sus ojos recorrieron el bello cuerpo de la mujer que tenía enfrente.

—Señora Mason, espero que no me esté ocultando nada —dijo de repente.

—¿Por qué iba a hacerlo, inspector?

—Porque no ha sido la única persona que me ha estado hablando mal de su marido. También lo ha hecho, de un modo más categórico, sir Arthur Boyle.

Al oír aquel nombre, el rostro de Teresa palideció. Fue algo que duró apenas unos segundos pero que no pasó desapercibido para el inspector.

—No me importa lo que pueda decir ese hombre —respondió ella poniéndose de pie y apagando el cigarrillo en un cenicero que había sobre el mueble-bar instalado en un rincón—. Vuelvo a repetirle que mi marido fue siempre un hombre bueno, atento y cariñoso.

—¿Discutían ustedes dos con alguna frecuencia?

La mujer había cogido una botella de la estantería y se estaba sirviendo un whisky.

—No habíamos discutido jamás hasta hace unas pocas semanas, inspector. ¿Sabe? Del modo que lleva usted el interrogatorio, me da la impresión de que el cuerpo de mi marido ya ha sido encontrado y que tienen pruebas de que ha sido asesinado.

—Nada de eso. Todavía no ha sido encontrado. De todos modos, creo que se trata de un suicidio.

—Parece muy seguro de eso, inspector.

—A juzgar por la nota que le dejó a usted, así es. Sólo un hombre que pretende suicidarse o abandonar definitivamente a su esposa escribiría algo parecido. ¿No le parece?

—Olvida usted aquella llamada, inspector.

—¿La del hombre que le ha dicho que ha matado a su marido?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, eso es algo que no encaja —admitió el inspector—. De todos


modos, tengo el presentimiento de que se trata de una broma.

—¿Broma?

—Sí... —gruñó Hopkins—. Siempre suele haber un gracioso al que le gusta complicar las cosas. De todos modos, hay algo que no entiendo. Y que al mismo tiempo me preocupa. Es evidente que quien hizo esa llamada *sabía* lo que le ha ocurrido a su marido. ¿Quién ha podido informarle? Porque, que yo sepa, las únicas personas que están al corriente del caso somos usted y nosotros. Bueno, y ahora también Tim Benson y ese millonario, pero ellos lo han sabido *después.* A no ser que usted se lo haya contado a alguien más.

—A nadie, inspector. Le doy mi palabra.

—Bueno —dijo Hopkins, poniéndose de pie—. No adelantemos acontecimientos. La experiencia me ha enseñado que no es aconsejable.

—¿Se va usted, inspector?

—Sí, tengo que pasarme por Scotland Yard.

—Es una pena. Me gusta su compañía. Hace que me sienta segura y protegida.

Hopkins carraspeó. Nada le habría gustado más en aquel momento que escuchar aquellas palabras.

—Bien, eso tiene fácil arreglo —dijo el inspector—. Volveré por aquí dentro de una hora y seguiremos charlando. ¿Le parece bien?

—Es una magnífica idea. Tendré preparada la cena.

—Oh, no se moleste.

—No es ninguna molestia, inspector.

Hopkins regresó a Scotland Yard más contento que unas pascuas. La idea de pasar una velada íntima con aquella bella mujer, le hacía sentirse eufórico.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Nicholson cuando Hopkins entró en su despacho.

Hopkins se lo contó.

Su compañero soltó un silbido significativo.

—¡Chico, eso me suena a una lujuriosa invitación para pasar una excitante velada entre sábanas!

—No te precipites... —dijo Hopkins—. Y sobre todo no vayas a meter la pata contándolo por ahí. Voy a llamar a Sally para decirle que iré tarde a casa.

—¡Eres un granuja! —exclamó su amigo.

Después de llamar a su mujer, Hopkins se acicaló en el pequeño cuarto de aseo que tenían en el despacho, ventiló un par de documentos pendientes y fue en busca de su coche.

Se detuvo en un *drugstore* de Hilbur Park y compró un par de botellas de champán a cuenta de lo que había ganado aquella tarde apostando por

«White Wolf» y prosiguió su camino hacia el domicilio de los Mason. Recordó entonces que aquélla iba a ser la primera ocasión en la que iba a cenar con otra mujer que no fuera la suya desde que se casara con ésta hacia doce años. Siempre había procurado ser un buen marido, pero a veces se presentaban ocasiones que no se podían desaprovechar y aquélla era una de ellas.

Cuando Teresa le abrió la puerta, casi se desmaya. Llevaba un atrevido conjunto que dejaba la espalda al descubierto y una faldita muy corta que permitía contemplar unos suculentos y excitantes muslos. Se había maquillado ligeramente y sus ojos relucían como los de una gata en celo.

—Esta no es forma de recibir en casa a un policía —dijo bromeando Hopkins.

—¿Por qué no?

—Porque podemos olvidar que estamos cumpliendo con nuestro deber.

—Pero ahora no está usted de servicio, señor Hopkins, ¿no es cierto?

—Un policía está de servicio las veinticuatro horas del día, desgraciadamente —respondió el inspector entregándole las dos botellas de champán.

—No tenía que haberse molestado —dijo ella con amabilidad—. Póngase cómodo. Voy a meterlas en el refrigerador.

Hopkins encendió un cigarrillo y se acercó a contemplar las fotografías de Mason que había en la pared donde se encontraba la vitrina con los trofeos. Vio una en la que un hombre gordo con una gorra le cogía por los hombros. Estaban los dos muy sonrientes. El inspector reconoció inmediatamente a aquel individuo. Era Burt O'Hara, el millonario irlandés propietario de una importante cuadra de caballos de carreras. Cierta mañana había aparecido muerto en un estanque de su hermosa mansión de Kent. Hopkins recordó en aquel instante que un inspector amigo suyo llamado Parker se había hecho cargo del caso.

—¿Ha visto algo interesante, inspector?

Hopkins se volvió rápidamente. Teresa estaba colocando una bandeja con canapés sobre una mesa.

—No sabía que su marido hubiera corrido para Burt O'Hara —dijo el inspector.

—Pues sí. Estuvo con él durante un año. El pobre Burt era un gran hombre. Demasiado bueno. Por eso se arruinó.

—¿Se arruinó?

—Sí. Y acabó suicidándose... —después de pronunciar aquellas palabras, Teresa se puso repentinamente seria.

—¿Qué sucede? —le preguntó el inspector.

—Todo esto... me parece absurdo.

—¿A qué se refiere?

—A esta cena... a esta velada, inspector. ¿Qué estará usted pensando de mi? No sé si Jack está vivo o muerto y sin embargo... estamos los dos aquí a punto de cenar tranquilamente... ¡No es justo!

Hopkins dejó en la bandeja el canapé que acababa de coger. Las palabras de Teresa le habían hecho comprender que tenía razón, que aquella situación era absurda.

—Es cierto... —murmuró—. Será mejor que me marche.

—¡No! No lo haga, inspector... —le suplicó ella—. Esta noche necesito compañía... ¡Me siento tan sola!

Teresa forzó una sonrisa y movió la cabeza.

—Al fin y al cabo una cena no tiene nada de malo, ¿verdad? —dijo luego.

—Supongo que no.

—¿Por qué no me sirve un whisky, inspector?

—Naturalmente —dijo Hopkins dirigiéndose al mueble bar. Poco después regresaba con dos vasos. Le entregó uno a Teresa y luego se sentó frente a ella. La observó. Estaba pálida, incluso le pareció ver que temblaba. La mujer apuró el vaso de un trago.

—Tengo miedo, inspector —confesó de pronto.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De mi marido.

—¿Qué?

—*Sé* que está vivo. Y quiere matarme.

CAPITULO III

Hopkins la miró, atónito.

—¿Cómo sabe que su marido está vivo? ¿La ha llamado?

—No.

—¿Entonces?

—Lo presiento.

—¿Y por qué iba a querer matarla?

—Por celos.

—Explíquese, por favor.

—Lo que voy a contarle no se lo he contado jamás a nadie, inspector —dijo ella casi en un susurro—. Pero necesito desahogarme con alguien. Mi marido y yo apenas teníamos relaciones íntimas. Jack era un hombre poco apasionado... Yo... yo le necesitaba, pero él nunca era capaz de complacerme. Un día conocí a un abogado al que había ido a visitar para arreglar ciertos documentos. Empezamos a salir juntos y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Encontré en él toda la pasión que me negaba Jack... Mi marido empezó a sospechar algo aunque jamás llegó a enterarse de la verdad porque de otro modo me habría matado. Pero se volvió terriblemente celoso. Me hacía la vida imposible. Controlaba todas mis llamadas telefónicas, mis salidas. Era espantoso. Aquella aventura duró apenas un mes. Pero fue una experiencia que no olvidaré nunca.

—Entonces está muy claro el motivo de su cambio de carácter, ¿no le parece? —preguntó Hopkins con cierta ironía en sus palabras.

—No, inspector. Nada de eso. Lo que acabo de contarle ocurrió hace seis meses. Para entonces, Jack ya no era el mismo de antes. No creo que tuviera que ver una cosa con la otra.

—¿Por qué me ha contado todo eso, señora Mason?

—Ya se lo he dicho. Necesitaba desahogarme con alguien y porque tengo miedo.

—Siento tener que decirle que me parece absurdo. De haberla querido matar, podría haberlo hecho mucho antes sin necesidad de recurrir a tan estúpida estratagema, ¿no le parece?

—Quizá tenga razón y yo me esté volviendo loca, inspector.

—No diga eso. Son los nervios.

Ella sonrió.

—¿Lo ve, inspector? Usted tiene la facultad de calmarme. Me siento muy bien y segura a su lado.

Se miraron durante un instante. Hopkins se sintió incómodo. La mirada

de aquella mujer le ponía nervioso, le excitaba.

—¿Por qué no comemos algo? —preguntó él de pronto poniéndose de pie para ir en busca de los canapés y aquella pregunta le hizo sentirse ridículo. Estaba bien claro que había perdido el hábito de tratar con otras mujeres que no fueran su querida Sally.

Regresó con la bandeja de canapés y la dejó sobre la mesita que había entre ambos. Cada vez se sentía más ridículo. Otro hombre se habría olvidado por completo de los dichosos canapés y habría intentado conquistar a aquella ardiente mujer que se le estaba ofreciendo tan abiertamente.

—Es usted un hombre terriblemente tímido, inspector —dijo ella de pronto.

—Es cierto.

—Me desea, ¿verdad?

—Sí.

—Lo adiviné desde el primer momento que entró en esta casa —dijo ella poniéndose de pie y acercándose a Hopkins. Su perfume era intenso y a la vez suave y penetrante. El inspector temblaba como una hoja.

Y en ese momento, sonó el teléfono.

* * *

—Es para usted, inspector —dijo ella entregándole el aparato.

Hopkins se pasó la lengua por los resecos labios y lo cogió. Sólo podía tratarse de Nicholson. Era la única persona que sabía que se encontraba en aquella casa.

—¿Sí?

—Ya ha aparecido.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? ¡El cuerpo de Jack Mason!

—¿Dónde?

—En una esclusa cerca de Paxton.

—¿Tan lejos?

—Deben haberlo empujado hasta allí las fuertes corrientes que existen en esa zona del Támesis.

—De acuerdo. Voy inmediatamente.

—Tráela también a ella. Tiene que identificar el cadáver.

Hopkins colgó y se volvió a Teresa.

—Tengo que comunicarle una mala noticia. Ha sido hallado el cuerpo de su marido.

—¡Dios mío! —exclamó ella derrumbándose en el sofá. Durante los escasos segundos que estuvo llorando con el rostro entre sus manos, Hopkins la contempló a sus anchas. Era realmente hermosa y aquel

cuerpo... ¡Maldita sea! ¿Qué diablos le estaba ocurriendo? ¿Cómo era posible que en un momento como aquél tuviera la desfachatez de pensar en aquellas cosas tan triviales?

—Tendrá que venir conmigo para identificar el cadáver —dijo Hopkins.

La mujer asintió con la cabeza, se limpió los ojos con un diminuto pañuelo y desapareció por las escaleras que conducían a la planta superior para volver a aparecer unos cinco minutos después con otro vestido mucho más sencillo y llevando una chaqueta oscura sobre los hombros.

—Cuándo quiera, inspector.

Aproximadamente cuarenta y cinco minutos después, llegaban a la Morgue. El cadáver había sido trasladado allí desde Paxton. Nicholson les salió al paso y al ver a Teresa no pudo reprimir un gesto de admiración.

—Es la señora Mason —aclaró Hopkins.

—Venga conmigo, señora Mason —le dijo amablemente Nicholson—, Será sólo un momento.

Atravesaron un sombrío y desangelado corredor y entraron en una gran sala. Un empleado abrió una de las bandejas y apareció el cadáver del jockey.

Teresa ahogó un grito.

El cuerpo de Mason estaba completamente desfigurado. Era prácticamente irreconocible.

—¿Es su marido?

Ella asintió repetidas veces con la cabeza y luego apartó la mirada.

Se la llevaron de allí entre los dos hombres mientras el empleado volvía a meter con gran estrépito la bandeja en el refrigerador.

La condujeron a una pequeña habitación donde Nicholson le ofreció un brandy que ella aceptó inmediatamente.

Luego, el inspector sacó de uno de los cajones de la mesa de despacho un sobre amarillento que vació sobre la misma.

—Es cuanto su marido llevaba encima —dijo Nicholson—. Si quiere mirar si falta algo...

Allí estaba su reloj, su alianza, su cartera, el pasador de la corbata.

—Falta una cosa —dijo ella de repente.

—¿De qué se trata? —le preguntó Hopkins.

—De su agenda.

—Es fácil que se haya quedado en el fondo del rio —dijo Nicholson.

—Supongo que sí...

—¿Qué había en esa agenda? —volvió a preguntar Hopkins.

—Bueno, lo que suele haber en todas las agendas... números de teléfono, direcciones y todo eso...

—Señora Mason —dijo Nicholson sentándose frente a ella—, lamento

tener que comunicarle que su marido ha sido asesinado.

—¿Asesinado?

—Tiene dos balazos en el pecho.

* * *

El jockey Tim Benson se levantó temprano aquella mañana. Hizo algunos ejercicios gimnásticos, se bañó en la piscina que tenía en su lujosa villa situada en las afueras de Londres y desayunó en la soleada terraza.

Una hora más tarde, subió a su deportivo de color amarillo y se dirigió al hipódromo. Sir Arthur Boyle se había empeñado en que montase un caballo que acababa de adquirir, y aunque a Tim Benson no le gustaba demasiado probar caballos, aceptó hacerlo en aquella ocasión porque estaba en deuda con el millonario. Sir Arthur Boyle le había ayudado un año atrás cuando atravesó por serias dificultades económicas debido a ciertas inversiones erróneas.

Era un hermoso caballo pardo con manchas en la cabeza.

—¿Qué te parece, Tim? —le preguntó el millonario.

—Tiene buena estampa. Voy a cambiarme y lo haré correr un rato a ver qué tal se porta.

Unos quince minutos después, Tim Benson apareció de nuevo equipado de jockey, montó y se dirigió a la solitaria pista.

—¡No lo fuerces demasiado! —exclamó sir Arthur.

Pero Tim ya pensaba hacerlo. Nadie tenía que enseñarle nada sobre caballos.

El millonario siguió atentamente a través de sus potentes prismáticos las evoluciones de su nuevo caballo y comprobó con satisfacción que había hecho una buena compra. Era un magnífico animal, ágil y veloz, que en manos de Benson podía llegar a ser tan bueno como «White Wolf».

Benson había dado ya un par de vueltas a la pista. También él estaba satisfecho con el caballo. Era ligero y fácil de montar y sólo había que rozar sus ijares para que se lanzara a un desenfrenado trote.

De repente le vio...

Estaba allí, frente a él, apuntándole con un rifle con mira telescópica...

Benson sólo tuvo tiempo de gritar una vez:

—¡NOOOOO!

Luego, su cabeza estalló en mil pedazos.

* * *

—¿Qué tal te fue con ella? —le preguntó Nicholson con una sonrisa de pícaro.

Hopkins aplastó el cigarrillo en el cenicero repleto de colillas que había

sobre su mesa de despacho y se echó hacia atrás en el asiento.

—No ocurrió nada... —respondió el inspector.

—Pero, ¿qué diablos te pasa, muchacho? La tienes en el bote y sin embargo me dices que no ocurrió nada. Te juro que yo me perdería con una mujer como Teresa Mason.

—Eso es precisamente lo que yo temo, Tony. Esa mujer me está volviendo loco de deseo pero temo que si las cosas siguen adelante, pueda llegar a cometer una barbaridad. Así que he decidido dejarlo todo.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Te cedo el caso. No quiero volver a verla.

—¡Tú estás loco!

—Pienso en mi matrimonio, Tony. Amo a Sally y no quisiera hacerle ningún daño, ¿comprendes?

Sonó el teléfono.

—Inspector Nicholson...

Hopkins vio que su amigo asentía gravemente con la cabeza mientras tomaba nota en un bloc que tenía delante.

Después de colgar soltó un bufido.

—¿Qué pasa? —le preguntó Hopkins.

—Un asesinato.

—¿Dónde?

—En el hipódromo. Alguien se ha cargado a Tim Benson.

—¿Qué?

—¿Me acompañas?

—De acuerdo. Vamos.

Encontraron a sir Arthur Boyle más pálido que la cera. El pobre hombre temblaba como una hoja.

—¿Vio algo? —le preguntó Nicholson.

—No, inspector... Nada en absoluto. Solo oí el disparo. Retumbó como un cañonazo... —Boyle bebió un trago del whisky que tenía en el vaso—. Sí, fue como un cañonazo... De momento no supe exactamente qué había ocurrido hasta que vi aparecer al caballo sin nadie que lo montara... Entonces empecé a temer lo peor, así que fui en busca de Tim y... ¡Dios mío! Fue espantoso... Estaba caído en medio de un charco de sangre y tenía la cabeza destrozada... ¡Jamás he visto nada igual! ¡No lo olvidaré mientras viva!

Los dos policías fueron hacia el lugar de los hechos. El cadáver de Tim estaba cubierto por una manta. El forense tomaba notas en un bloc.

—¿Qué hay, Clark? —saludó Hopkins.

El forense, un tipo robusto y de nariz chata como la de un boxeador, dejó escapar una especie de gruñido.

—No hay secreto, inspector. Está todo tan claro como la luz del día. Le


dispararon desde aquellos matorrales. Tres impactos de 9 mm.

—¿Tres impactos?

—Tres. Dos en el pecho y uno en la cabeza. Mortales todos. El de la cabeza le ha destrozado el cerebro. ¿Quieren verlo?

—Gracias —ironizó Nicholson—, Nos fiamos de su palabra.

Se acercó uno de los agentes que estaban inspeccionando el lugar.

Traía dos casquillos. Eran de 9 mm.

El forense tenía razón.

—El otro casquillo todavía no ha aparecido —comentó el policía.

—Sigan buscando —dijo Hopkins.

Metieron el cadáver de Tim en la ambulancia y ésta se alejó silenciosamente pero al llegar al recodo que conducía a la salida, hizo sonar su estridente sirena.

—Las sirenas de las ambulancias me ponen enfermo —murmuró Nicholson.

Los dos inspectores se acercaron al lugar desde donde presumiblemente se habían hecho los disparos.

—¿Huellas? —preguntó Hopkins a uno de los agentes.

—Sí, inspector. Hay algunas... —respondió el agente señalando en dirección al suelo.

En efecto, se veían varias huellas de pisadas en ambos sentidos.

—Que las fotografíen —dijo Nicholson.

—Ya lo han hecho, señor.

—Muy bien —asintió Nicholson. Luego, al volverse, vio que su compañero estaba en actitud pensativa—. ¿Ocurre algo, John?

—Me pregunto si se trata de una simple coincidencia, Tom.

—¿A qué te refieres?

—Primero Jack Mason y ahora Tim Benson. ¿No te parece extraño?

—¿El qué?

—Que ambos fueran, casualmente, jockeys...

—Sí, es cierto. No había pensado en eso.

—Pues te pagan para pensar, querido Tom —sonrió Hopkins.

—Muy gracioso.

Cuando volvieron a hablar con sir Arthur Boyle diez minutos después, lo encontraron algo más calmado.

—¿Sabe si Tim Benson había recibido alguna amenaza de muerte? —le preguntó Nicholson.

—No lo sé. Nunca me dijo nada a ese respecto. No comprendo por qué ha querido matar alguien a ese pobre muchacho. Era un buen chico, se lo aseguro. No se metía con nadie. ¡Qué pena! Acabo de perder el mejor jockey que he tenido nunca.

—¿Mejor que Jack Mason? —le preguntó Nicholson.

—Mason también era bueno, muy bueno. Pero como persona dejaba mucho que desear. Sin embargo, Tim, era un gran hombre.

—Gracias por todo, sir Arthur —dijo Nicholson.

—De nada... Si necesitan cualquier otro tipo de información sólo tienen que pedírmela. Me gusta colaborar con la policía.

—¡Hipócrita! —murmuró Hopkins mientras se alejaban de allí con su compañero—. Odia a la policía. La odia con todas sus fuerzas.

—¿No es ése el tipo de las orgías?

—El mismo.

Los dos policías subieron al coche.

—Creo que van a cargarme con el muerto —dijo Nicholson—. El jefe querrá que lleve este caso. Así que tú, te guste o no, tendrás que seguir con el de Jack Mason.

—Tengo una corazonada, Tom —dijo Hopkins encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué clase de corazonada? ¿Que esta noche te vas a acostar por fin con Teresa Mason?

—Que la muerte de Mason y la de Tim Benson tienen algo en común.

Hopkins miró pensativamente a su amigo.

Tenía por costumbre hacer caso de las corazonadas de éste.

Casi siempre acertaba...

CAPITULO IV

Después de obtener un permiso judicial, el inspector Nicholson llevó a cabo un minucioso registro en la lujosa villa de Tim Benson.

No obstante, desgraciadamente para él, no encontró nada que pudiera arrojar alguna luz sobre aquel extraño asesinato. La casa estaba llena de trofeos y fotografías, bustos de caballos, equipos de jockey y recortes de periódicos hablando de los grandes triunfos de la víctima.

No estaba permitido pero como el día era caluroso, se sirvió un whisky con hielo del pequeño mueble bar que había en el salón, junto al invernadero; un invernadero con gran cantidad de plantas y flores. El jardinero, un hombre pequeño y nervioso, le había dicho que Benson era un gran aficionado a los cultivos.

Y, de repente, el inspector vio algo que llamó su atención.

Al otro lado del invernadero, cerca ya de la verja que comunicaba con la parte trasera de la casa, había una especie de *cottage*, una pequeña edificación de color amarillento semioculta entre el follaje.

—¿Qué es eso? —le preguntó al jardinero.

—El señor Benson guardaba algunas cosas ahí dentro. Muebles viejos, principalmente.

—¿Tiene la llave?

—Sí, inspector.

El jardinero se alejó para regresar con la llave algunos minutos después.

Nicholson abrió la puerta y entró en el reducido recinto. Encendió la luz y vio que, tal como había dicho el jardinero, sólo había muebles viejos...

Les echó un vistazo.

Iba a salir cuando descubrió algo. En un rincón, en el interior de un cajón que debió pertenecer a una antigua cómoda, había un montón de fotografías. La mitad de las mismas estaban cubiertas por un paño. La otra mitad se había desparramado por el interior del cajón.

Cogió algunas y les echó un vistazo.

Eran fotografías familiares y algunas, no demasiado buenas, de Tim Benson participando en alguna prueba hípica. De repente encontró una que llamó su atención. Benson y Jack Mason estaban juntos y sonrientes al lado de una piscina. Un poco más allá de ellos había una mujer en bikini, Nicholson acercó la fotografía a la bombilla para poder verla mejor.

Era Teresa.

Se guardó la fotografía en el bolsillo interior de la americana y siguió buscando.

No encontró nada de particular, así que apagó la luz y abandonó aquel lugar.

De repente, cuando se dirigía a la casa, se detuvo.

Miró en dirección a la piscina.

Sacó la fotografía del bolsillo y le echó un vistazo. Era la misma que tenía frente a él.

Volvió a guardarse la fotografía y al entrar en la casa, hizo una llamada telefónica a Scotland Yard.

—Quiero hablar con el inspector Hopkins.

—Ha salido.

—¿Sabe adónde ha ido?

—Un momento, inspector Nicholson.

Tras una breve pausa le informaron que su amigo se había ausentado sin decir adonde iba.

Aquello extrañó mucho a Nicholson.

Era la primera vez desde que conocía a Hopkins que éste se ausentaba de Scotland Yard sin comunicar dónde podían localizarle.

* * *

Hopkins había ido a Eton, la pequeña población situada a 34 kilómetros del centro de Londres. Allí vivía Richard Boston, un conocido criador de caballos para cuya importante cuadra había corrido últimamente Jack Mason.

Boston poseía una importante extensión de prados en la que pastaban sus caballos y tenía su colosal casa en lo alto de una colina que dominaba los mismos. Era una casa de piedra rojiza con el tejado de pizarra y que se podía admirar desde cualquier punto de la pequeña población.

Para llegar hasta la mansión era preciso hacerlo por un amplio camino de grava en forma de S, el cual estaba bordeado por olmos y nogales.

Hopkins detuvo su coche frente a la imponente verja que daba acceso al recinto de la casa y que estaba compuesto por dos parques divididos por otro sendero de grava que conducía directamente hasta la puerta del edificio principal.

Adosado a uno de los muros de la verja había un pequeño micrófono. Cuando Hopkins se acercó al mismo se escuchó una voz que preguntaba:

—¿Qué desea?

—Hablar con el señor Boston.

—¿Tiene usted cita con él?

—No.

—Entonces, por favor, déjeme su nombre y número de teléfono. Se le avisará cuando pueda recibirle.

—Soy el inspector Hopkins, de Scotland Yard. Vengo por un asunto

oficial.

—Un momento, por favor.

Tras unos minutos de espera, la verja se abrió lentamente y Hopkins condujo su coche por el camino de grava hasta la puerta de la casa donde le esperaba un elegante mayordomo. Este se apresuró a abrir la portezuela del coche y cuando el inspector descendió del mismo, acudió otro mayordomo con aires de mariscal.

—¿Sería tan amable de mostrarme sus credenciales, inspector?

Hopkins asintió con la cabeza y le enseñó su placa.

—Acompáñeme, por favor —le dijo entonces el mayordomo empezando a subir los escalones.

El inspector le siguió mientras echaba una ojeada a su alrededor y maldecía su perra suerte en esta vida, pues mientras unos estaban forrados de dinero, otros como él, tenían que hacer verdaderos milagros para poder llegar a fin de mes.

Richard Boston le recibió en el más elegante salón de estilo Victoriano que Hopkins había visto en su vida. El criador de caballos era un hombre de mediana estatura y escaso de cabello. Usaba gafas y era fuerte como un toro. Fumaba en pipa y a su lado tenía un enorme dogo negro que no apartaba sus ojos del recién llegado.

—¿Inspector Hopkins? —preguntó Richard Boston.

—Yo soy, señor Boston.

El criador de caballos extendió su poderosa mano.

—Siéntese, por favor... —dijo mientras estrechaba vigorosamente la de Hopkins.

El dogo tomó posición junto a su amo. El inspector estaba seguro que si Boston le ordenara atacarle, aquel animal le destrozaría sin contemplaciones.

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó Richard Boston acariciando a la enorme bestia.

—Quisiera hacerle algunas preguntas acerca de Jack Mason —respondió el inspector.

—¿Jack Mason? ¿El jockey?

—En efecto. Tengo entendido que corrió para usted durante varios meses.

—Así es —asintió gravemente Richard Boston—. Desde enero del año pasado hasta febrero de éste en que rescindimos el contrato.

—¿Por qué?

El criador de caballos miró fijamente a Hopkins.

—Inspector, todavía no me ha dicho el motivo de su visita y creo que ya va siendo hora de que me lo diga, ¿no le parece?

—Tiene razón. Jack Mason ha sido asesinado.

Boston se echó hacia atrás en su asiento y fumó unos segundos en silencio.

—No me extraña —dijo finalmente.

—¿Por qué dice eso?

—Tenía muchos enemigos. Demasiados.

—Hábleme de él, señor Boston.

—Yo le contraté por sus éxitos. Había ganado varios premios importantes y eso me deslumbró. Pensé que era el jockey ideal para montar a «Fury». Sin embargo, comed un error. No investigué su vida privada. Mason ganó un par de premios, es verdad, pero me dio muchos quebraderos de cabeza. Se emborrachaba con frecuencia y se peleaba con todo el mundo. Durante mucho tiempo tuve la debilidad de perdonarle, hasta que me cansé y le despedí. Eso es todo, inspector.

—Antes ha dicho que Mason tenía muchos enemigos, señor Boston —dijo Hopkins—. ¿Podría citarme alguno en concreto?

—Otro jockey. Tim Benson.

—Qué curioso... —sonrió amargamente Hopkins—. También ha sido asesinado.

El criador de caballos miró atónito al inspector.

—¿Es cierto eso? —preguntó estúpidamente.

—Por supuesto. No me gusta gastar esa clase de bromas, señor Boston.

—Perdone, inspector. No he querido molestarle.

—No lo ha hecho. ¿Quién más tenía motivos para odiar a Jack Mason hasta el punto de asesinarle?

—Norman Conway. Un día presencié una fuerte discusión entre él y Mason.

—Eso no significa que le odiase. Mucha gente discute de vez en cuando.

—Conway corre ahora para mí, señor Hopkins —dijo el criador de caballos—. Es un buen hombre, se ha ganado mi confianza y es un excelente jockey. En cierta ocasión me habló de Mason. Su odio hacia él era palpable.

—¿Le contó los motivos de su odio?

—No. Pero voy a decirle algo. Olvídese de Conway. Sería incapaz de asesinar a nadie.

—Me gustaría charlar un rato con él. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Vive en Londres. Normalmente se hospeda en el Carlton. No tiene familia así que prefiere vivir en un hotel. Dice que es más cómodo.

Después de tomar nota en un bloc, Hopkins volvió a preguntar:

—¿Le habló alguna vez Mason de sir Arthur Boyle?

—No.

—Pero usted es amigo suyo, ¿no es cierto?

—Eso nada tiene que ver —respondió duramente Boston.

Hopkins observó que el criador de caballos había enrojecido ligeramente. Eso podía significar que había participado en las orgías que organizaba el millonario.

El inspector se levantó de su asiento. El dogo también lo hizo y clavó sus pequeños y asesinos ojos en él.

—Bien, señor Boston. No quiero molestarle más.

—No ha sido ninguna molestia, inspector. Me tiene a su entera disposición.

Hopkins abandonó la lujosa mansión con el firme convencimiento de que se había quedado algo importante en el tintero...

* * *

Aquella misma tarde, el inspector acudió a las carreras de caballos que, semanalmente, se celebraban en el hipódromo de Claybourgh.

En esta ocasión apostó por un caballo llamado «Black Pirate», propiedad de la cuadra de un conocido hombre de negocios norteamericano afincado en Londres.

Una vez más tuvo que mostrar sus credenciales al empleado que estaba al cuidado del recinto donde sólo tenían acceso los jockeys y los dueños de los caballos.

Hopkins se daba cuenta de que estaba dando palos de ciego. No tenía ni idea de los resultados de la investigación que estaba llevando a cabo, ni tampoco sabía si estaba haciendo lo correcto o por el contrario estaba perdiendo miserablemente el tiempo. De lo único que estaba completamente seguro era de que los asesinos de Jack Mason y de Tim Benson estaban relacionados entre sí por algún oscuro motivo. Si lograba descubrir éste, habría dado un gran paso adelante.

Vio a George Simpson sentado en una bala de paja.

Simpson era un jockey veterano. Hopkins y él eran buenos amigos. Aquel diminuto hombrecillo no había conseguido jamás grandes triunfos, pero se podía confiar en su tremenda experiencia.

—Hola, George.

—¡John! —exclamó el jockey—. ¿Qué trae por aquí al cerebro de Scotland Yard?

Hopkins le ofreció un cigarrillo y después de que ambos lo hubieran encendido, el inspector le dijo:

—Háblame de Jack Mason. O de Tim Benson.

—Tendrás que esperar a que termine la carrera, John.

—De acuerdo.

Simpson saltó al suelo y se dirigió hacia un caballo azabache que llevaba el número 14 en su montura.

Hopkins terminó su cigarrillo y se acercó a la valla para seguir cómodamente la carrera.

«Black Pirate», el caballo por el que había apostado, llevaba el número 6.

La carrera comenzó con la clásica estampida de los caballos participantes. Rápidamente se pudo comprobar que «Black Pirate» no iba a tener su tarde. Iba rezagado en una quinta posición por lo que Hopkins empezó a hacerse a la idea de que no tendría la misma suerte que había tenido con «White Wolf».

De repente, vio a sir Arthur Boyle.

Estaba frente a él, al otro lado de la pista, siguiendo atentamente la carrera a través de sus poderosos prismáticos.

Aquel tipo nunca le había caído bien.

El millonario se olvidó por unos momentos de los prismáticos y se volvió a una preciosa muchacha que estaba a su lado. No tendría más de veinte años. Hablaron durante unos instantes. Hopkins pensó que se trataría de una de las muchas amiguitas que tenía Boyle, una de las muchas incautas que se acostaban con él por un puñado de promesas que el millonario raramente cumplía.

El inspector apartó la mirada de la pareja. ¡Que se fueran al cuerno!

«Black Pirate» se había rezagado todavía más. Ahora ocupaba la séptima posición. Era un asco. Simpson iba en cuarta posición. Su caballo azabache corría bastante bien pero le costaba demasiado tomar las curvas. Era algo lento de remos.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. «Black Pirate» había hecho el ridículo y él había perdido tres libras.

Cuando se disponía a alejarse de la valla, vio que sir Arthur y la muchacha se dirigían al bar.

¡Era una pena que una preciosidad como aquélla se hubiera dejado engatusar por un tipo como Boyle!

Esperó un rato hasta que apareció Simpson. El jockey ya se había cambiado de ropa y comentó:

—Podía haber ganado. «Black Pirate» no tenía su tarde. Pero mi caballo no está en forma.

—Ya lo he visto. Tiene los remos de yeso.

—Sí, tendré que hablar con el jefe. Ese caballo ya no sirve para correr. Bien, John. ¿Qué querías saber de Mason y de Benson?

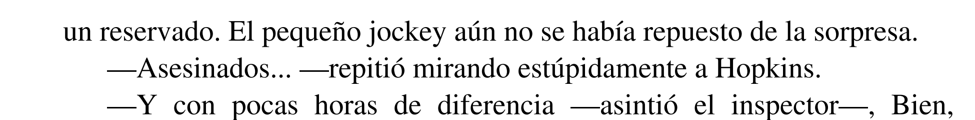
—Todo lo que puedas contarme.

—¿Tienen problemas con Scotland Yard?

—Ninguno. Los dos han sido asesinados.

Simpson palideció.

Se metieron en un acogedor, *pub* cercano al hipódromo y se sentaron en


un reservado. El pequeño jockey aún no se había repuesto de la sorpresa.

—Asesinados... —repitió mirando estúpidamente a Hopkins.

—Y con pocas horas de diferencia —asintió el inspector—, Bien, háblame de ellos.

—No sé qué decirte, John.

—Por ejemplo, ¿conocías bien a Jack Mason?

—Bastante bien. Era un mal bicho.

—¿Y a Benson?

—También. El y Mason fueron amigos durante bastante tiempo. Luego, ocurrió algo entre ambos y se pelearon.

—¿Qué fue exactamente lo que ocurrió? ¿Lo sabes?

—Ni idea. Pero hay alguien que podría contártelo.

—¿Sí? ¿Quién?

—Slim Miller.

—¿El famoso jockey de la cuadra de Newton?

—El mismo. Ahora está en el hospital. Se cayó del caballo y se rompió una pierna.

—¿En qué hospital se encuentra?

—En el de San Damián, una especie de residencia adonde acuden todos los jockeys cuando están enfermos o sufren algún accidente.

—He oído hablar de él. Está en Regent's Park, ¿no es cierto?

Simpson asintió con la cabeza.

—Lo único que puedo contarte de Jack Mason —dijo el jockey—, es que estaba loco por su mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, él mismo se encargaba de airearlo a los cuatro vientos. Un día la trajo al hipódromo. Era realmente bonita. Creo que se llamaba Cintia.

—¿Cintia? —preguntó extrañado Hopkins—. ¿No estarás confundido?

—Seguro que no.

—Tenía entendido que se llama Teresa... —dijo el inspector como si no la conociera.

—¿Teresa? ¡Qué va! Se llama Cintia.

Hopkins tuvo en aquel momento la dolorosa impresión de que las cosas se estaban complicando cada vez más.

Después de dejar a Simpson regresó a Scotland Yard.

—¡Ya era hora! —exclamó Nicholson al verle entrar en el despacho.

Hopkins le contó dónde había estado. Lo único que omitió fue lo referente al nombre de la esposa de Mason.

Nicholson abrió el cajón central de su mesa de despacho y colocó sobre la misma la fotografía que había encontrado en el pequeño y abandonado *cottage* de Tim Benson.

Hopkins le echó un vistazo.

—¿No ves nada de particular? —le preguntó Nicholson.

—No.

—Esa mujer que hay al fondo de la fotografía, entre los dos hombres. Mírala bien.

—¡Teresa! —exclamó Hopkins.

—La misma. La fotografía está tomada en la piscina de Benson.

—Bueno —dijo Hopkins—. Ya sabemos que Benson y Jack Mason fueron buenos amigos.

—¿Te has fijado en una cosa?

—¿En qué?

—La muchacha. Está al fondo, casi no se ve. Se diría que ninguno de los dos hombres sabía que se encontraba allí.

—¿Y qué?

—Lo más lógico es que se hubieran fotografiado los tres juntos, ¿no te parece?

—¡Qué tontería! —exclamó Hopkins—. Estoy harto de ver fotos familiares en las que aparece un miembro despistado al fondo de la misma.

—Puede que tengas razón.

—La tengo. Nicholson, eres el clásico policía que ve fantasmas donde no los hay.

—¿Has visto alguna vez un par de piernas más bonitas?

—Oh, vamos. Olvida eso. Empiezo a creer que eres un maníaco.

Nicholson guardó la fotografía en el cajón de la mesa de despacho.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Hopkins.

—Las huellas de zapatos encontradas en el lugar desde donde se supone que fueron hechos los disparos que acabaron con la vida de Benson, corresponden a un 38.

—¿Un 38?

—Exacto.

—El asesino no es precisamente ningún gigante —murmuró Hopkins.

—No. Más bien parece el pie de una mujer. ¿Verdad?

Hopkins miró a su compañero.

—¿Estás insinuando algo?

—Todavía no.

—¿Qué significa eso?

—Que no podemos descartar a Teresa de la lista de sospechosos —respondió Nicholson.

—¿Y por qué iba a querer la esposa de Mason asesinar a Tim Benson?

—Eso es algo que tienes que averiguar tú, John.

—Das por sentado que ella es el asesino.

—¿Y por qué no?

—Bueno, un 38 no sólo puede calzarlo una mujer —dijo Hopkins—,

También puede hacerlo un jockey. Todos tienen los pies bastante pequeños. ¿No habías caído en eso?

—Tienes razón —admitió Nicholson—. Mucha razón.

Hopkins se dispuso a salir.

—¿Adónde vas? —le preguntó su compañero.

—A visitar a Teresa. Tengo algunas preguntas que hacerle.

—¡Buena suerte! —exclamó Nicholson guiñándole un ojo.

CAPITULO V

No podía evitarlo. Cada vez que la veía se le formaba una pelota en la boca del estómago y aquello únicamente podía ser deseo.

Esta vez le recibió con un sencillo conjunto que transparentaba sus piernas; era una especie de cómodo atuendo de andar por casa, aparentemente inofensivo pero terriblemente sexy. O al menos así se lo parecía a Hopkins acostumbrado a un modo de vestir mucho más convencional de su esposa Sally.

—Buenas tardes, inspector.

—Buenas tardes. ¿Podría hablar un momento con usted?

—Claro. Entre.

Hopkins se sentía a gusto en aquel salón, pero a la vez incómodo por la presencia de aquella mujer que tan nervioso y excitado le ponía.

—¿Quiere tomar algo? —le preguntó ella.

—Un whisky, por favor.

El inspector se sentó en una butaca y esperó a que Teresa se acercase con la bebida.

—¿Hay alguna novedad, inspector? —preguntó ella mientras le entregaba el vaso.

—Sí y no... —sonrió Hopkins—. Quiero decir que todavía no hemos descubierto nada importante.

—Me estaba preguntando una cosa, inspector —dijo la mujer—. ¿Cree usted que el asesinato de mi marido y el de Tim Benson tienen alguna relación entre sí?

Hopkins volvió a sonreír.

—Es una buena observación —respondió—. Yo, sinceramente, creo que sí la hay.

—Entonces el hombre que me llamó no bromeaba...

—No. ¿Ha vuelto a hacerlo?

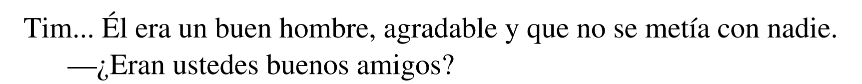
—Hasta ahora no, inspector. Pero le recuerdo que me dijo que habría *más* muertes...

—Lo recuerdo perfectamente.

—¿Qué se propondrá? ¿Cuál será su siguiente víctima?

—¡Eso es lo que yo quisiera saber! —exclamó el inspector—. En estos casos es muy difícil hacer pronósticos. Uno puede imaginar una cosa y luego resultar otra muy distinta. ¿Cree usted que hay alguien que pudiera tener motivos para asesinar a su marido y a Tim Benson?

—Es posible que mi marido tuviera muchos enemigos, pero en cuanto a


Tim... Él era un buen hombre, agradable y que no se metía con nadie.

—¿Eran ustedes buenos amigos?

—Bastante.

—¿Estuvo usted alguna vez en su casa? —preguntó Hopkins recordando la fotografía que le había enseñado Nicholson. Quería averiguar si Teresa era capaz de mentirle o no.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Simple curiosidad.

Ella se echó a reír.

—Ningún policía hace preguntas «por curiosidad». En efecto, Jack y yo habíamos estado en casa de Tim en un par de ocasiones.

—¿Quién es Cintia? —preguntó de pronto Hopkins clavando sus ojos en la muchacha. Durante unos segundos la vio titubear pero se repuso inmediatamente.

—¿Quién le ha hablado de ella? —preguntó a su vez Teresa encendiendo un cigarrillo.

—Un jockey llamado Simpson.

—¡Ah, sí! Simpson...

Ella expelió el humo y tomó asiento frente al inspector. Su perfume llegó hasta éste y de nuevo volvió a sentir aquella opresión en la boca del estómago.

—¿Conoce a George Simpson?

—Es un jockey veterano pero sin mucho renombre. Inspector, Cintia fue la primera esposa de mi marido.

—¿Se separaron?

—En efecto. Y al cabo de dos meses, Jack se casó conmigo.

—Comprendo... Me gustaría hablar con ella. ¿Dónde cree que puedo encontrarla?

—Trabaja en el «Storck Club». Es cantante y hace *strip-tease.*

Hopkins tomó nota en el bloc que siempre llevaba consigo y volvió a guardarlo en el bolsillo de su americana.

Luego, se puso de pie.

—¿Ya se marcha? —le preguntó ella.

—No tengo más remedio. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Por qué no viene a cenar esta noche? La última vez no pudimos hacerlo, ¿recuerda?

—Perfectamente, pero...

Teresa se le acercó. Hopkins se había puesto a temblar. Aquella mujer le sacaba de quicio.

—¿Qué le pasa, inspector? ¿Es que me tiene miedo?

Antes de que Hopkins pudiera responder algo, la suave y perfumada mano de ella ya le estaba acariciando el rostro. El inspector le miró

fijamente. Era muy duro para él soportar por más tiempo aquella situación, sobre todo teniendo en cuenta el modo tan descarado como se le estaba ofreciendo Teresa.

—No le tengo miedo —respondió finalmente—. Me tengo miedo a mí mismo.

Ella sonrió sin dejar de acariciarle.

—Sé que te gusto, que me deseas. ¿No te parece absurdo que desaproveches la oportunidad que te estoy ofreciendo? Cualquier hombre en tu lugar ya me habría cogido entre sus brazos y me habría llevado a la cama...

—No me tientes.

Ella le rozó los labios con su boca.

Hopkins sufrió un escalofrío.

—Hazlo, John. Llévame a la cama... —susurró la muchacha.

Con el cerebro nublado por el deseo, el inspector la atrajo brutalmente hacia él y la besó y la acarició hasta que no pudo más. Luego, la cogió entre sus brazos y la llevó a la habitación de matrimonio. La depositó sobre la cama y volvió a besarla y acariciarla mientras ella se iba quitando, pieza a pieza, la escasa ropa que llevaba puesta.

Cuando Hopkins la tuvo desnuda frente a él, la estuvo contemplando durante unos instantes antes de perderse definitivamente en aquel majestuoso cuerpo...

* * *

«Fury», montado por Bill Martino iba en tercera posición. El primer lugar lo ocupaba «Explosión», un caballo que no estaba entre los favoritos pero que sin embargo, estaba haciendo una gran carrera.

No obstante, Bill Martino era un experto jockey y los que habían apostado por él estaban seguros de que tarde o temprano acabaría por ganar la carrera.

Poco a poco, «Fury» fue escalando posiciones hasta colocarse a menos de medio largo del que en aquellos momentos iba en primer lugar que ya no era «Explosión», sino el número 9, «Betty», propiedad del millonario sir Arthur Boyle.

Sólo quedaban unos cincuenta metros para alcanzar la meta y «Fury» ya se había colocado en cabeza. Los que habían apostado por él, gritaban ruidosamente.

De repente, ocurrió algo que enmudeció al hipódromo.

Se escucharon dos disparos y Bill Martino cayó fulminado hacia atrás...

* * *

Flotando, exhausto y satisfecho, sintiendo todavía en sus manos y en su cuerpo el ardiente contacto del cuerpo de Teresa, el inspector Hopkins se dirigió al hospital de San Damián para hablar con Slim Miller.

Había sido una hora maravillosa, inolvidable.

¡Qué mujer tan extraordinaria!

Hopkins no había conocido jamás a ninguna como ella. ¡Jamás!

Teresa era apasionada, dulce, ardiente...

Acababa de dejarla y sin embargo ya estaba deseando volver a verla.

—¿Sí?

La cálida voz de la enfermera que atendía la recepción, le sustrajo de sus eróticos pensamientos.

Hopkins le mostró la placa.

—Quiero hablar con Slim Miller.

—Habitación 115.

—Gracias.

Al llegar ante la puerta, llamó suavemente con los nudillos.

—¡Adelante!

Slim Miller estaba sentado en una silla de ruedas, leyendo el periódico. Era pequeño y vivaracho. Tenía la pierna derecha totalmente escayolada.

—¿Quién es usted? —le preguntó a Hopkins.

El inspector se presentó.

Slim dejó el periódico sobre una silla.

—¿Qué quiere de mí?

—Que charlemos un rato de Jack Mason y de Tim Benson.

Slim Miller torció la boca en un gesto de disgusto.

—Acabo de enterarme de que ambos han muerto asesinados —dijo el jockey—. Mal asunto.

—Sí, muy malo —respondió Hopkins sentándose frente al jockey—. Usted les conoció bien, ¿no es cierto?

—Bastante bien.

—¿Sabe por qué se pelearon?

—Sí.

—¿Por qué?

—Jack Mason se drogaba y se había vuelto insoportable...

—Un momento... —le cortó bruscamente Hopkins—. ¿Ha dicho que Mason se drogaba?

—Así es, inspector. ¿No lo sabía?

—No... Siga, por favor.

—Benson, como buen amigo suyo que era intentó ayudarle pero Mason rechazaba esa ayuda. Un día tuvieron una fuerte discusión a causa de ese problema. Mason pegó a su amigo y allí se acabó todo. No volvieron a hablarse.

—¿Cuánto tiempo hacía que Mason se drogaba, Slim? ¿Lo sabe usted?

—Exactamente no, pero debía hacer mucho a juzgar por sus violentos ataques. Además, había adelgazado mucho y tenía ojeras. Y un dato muy significativo: sé que estaba prácticamente arruinado... ¿En qué se gastaba el dinero? No cabe duda que en drogas.

Hopkins había enmudecido. Las palabras de Slim Miller le habían sorprendido de tal modo que no sabía qué pensar. ¿Por qué Teresa no le había hablado de aquello?

—Parece usted muy sorprendido, inspector —le dijo Miller.

—Lo estoy —respondió Hopkins—. Ignoraba por completo que Mason fuese un drogadicto.

El inspector se puso de pie.

—Gracias por su valiosa colaboración, Slim —le dijo al jockey mientras estrechaba su mano.

—De nada, inspector. Si vuelve a necesitar algo de mí ya sabe dónde encontrarme. Aún me quedan un par de semanas de estar aquí.

Mientras Hopkins bajaba las escaleras con un cigarrillo en los labios, se iba preguntando una y otra vez por qué Teresa no le había dicho nada acerca de que su marido era un drogadicto. Y aquello, era algo que ella no podía ignorar...

Cuando salió a la calle ya había anochecido.

Llamó a su esposa para comunicarle que llegaría bastante tarde a casa puesto que tenía intención de ir al «Storck Club».

—Has tenido una llamada de Nicholson —le dijo Sally.

—¿Qué diablos quería? —gruñó Hopkins.

—No me lo ha dicho. Será mejor que le llames. Parecía urgente.

—Gracias, cariño.

Colgó y volvió a descolgar para llamar a Nicholson.

—¿Qué sucede? —le preguntó Hopkins.

—Se han cargado a otro jockey —le dijo su amigo.

—¿Cómo...? ¿Quién es el muerto?

—Bill Martino.

—¿Cuándo ha sucedido?

—Esta tarde, mientras corría en el hipódromo. Poco antes de llegar a la meta han sonado dos disparos y ha caído fulminado de su caballo. Un asesinato muy parecido al de Benson, ¿no te parece?

—Sí, en efecto... —respondió Hopkins pensativamente.

—John, las cosas se están poniendo feas. El gran jefe empieza a impacientarse.

—Estoy haciendo lo que puedo —gruñó Hopkins.

Y luego, colgó.

* * *

—¡Señoras y señores! ¡Les presentamos a la exuberante reina del *strip-tease,* Cintia Morgan!

Hopkins se había sentado a una mesa cercana a la pista donde en aquel momento acababa de aparecer la ex esposa de Mason. Era realmente una mujer muy bella y con un cuerpo sensacional.

La muchacha empezó a moverse como una serpiente al compás de una música insinuante y poco a poco fue desprendiéndose de cada una de las piezas que componía su espectacular vestido de lentejuelas.

Finalmente, quedó completamente desnuda.

Hopkins observó sus pechos.

Eran redondos y pequeños, pero mantenían una firmeza realmente desafiante.

Sin embargo, Teresa los tenía mucho más hermosos...

Esperó a que la muchacha desapareciese de la pista para ponerse de pie y dirigirse al empleado que controlaba el acceso a los camerinos. Hopkins le mostró su placa y el empleado le abrió la puerta indicándole al mismo tiempo cuál era el de Cintia.

Llamó a la sucia puerta del camerino.

—¿Quién es? —se oyó al otro lado.

—Policía.

Cintia tardó apenas medio minuto en abrir. Se había puesto una llamativa bata negra que transparentaba todos sus encantos femeninos.

—¿Qué desea? —le preguntó Cintia de mala gana.

—Me gustaría hablar con usted de su ex marido, Jack Mason, y de otras cosas.

—Está bien. Entre.

La muchacha cerró la puerta y se ocultó detrás de un biombo.

—Supongo que no le importará que me vaya cambiando de ropa mientras hablamos.

—En absoluto.

—¿Qué quiere saber de mi ex marido?

—¿Por qué se separaron?

—Porque conoció a esa golfa de Teresa y la prefirió a mí. Simplemente por eso, inspector.

El que hubiera llamado «golfa» a Teresa, sorprendo vivamente a Hopkins.

—¿Por qué la ha llamado de ese modo? —preguntó el inspector echando un vistazo a su alrededor.

Cintia apareció abrochándose el vestido.

—¿A Teresa? Porque, realmente, es una golfa. Antes de casarse con Jack, era una *call-girl,* una buscona de categoría.

Hopkins estaba cada vez más sorprendido.

—¿Está segura de lo que dice?

—¡Claro! Si no me cree vaya a «Phantom». Es un pub de lujo que hay en Picadilly. Pregunte por ella. Verá lo que le dicen.

—Quizá lo haga. Pero si no le importa, prefiero que me hable de su ex marido.

—Fue un buen hombre hasta que conoció a Teresa.. Luego, cambió su forma de ser.

—¿Tanto influyó esa mujer en él?

—Por supuesto. Destruyó la vida de Jack.

—¿Y qué me dice de Benson?

—¿De Tim? El y mi marido fueron buenos amigos hasta que Jack cambió totalmente de carácter. Mire, inspector, Jack era un hombre débil. Muy débil. Y además, un muñeco en manos de Teresa. Y ella le exigía cada vez más y más... Hasta que le destruyó por completo.

Hopkins no quería creer que Teresa fuese la clase de mujer que estaba diciendo Cintia. Pensó que ésta estaba celosa y que debido a eso hablaba con tanto odio y desprecio.

—¿Conoce a alguien que pudiera tener motivos suficientes para asesinar a Mason?

—Mucha gente, inspector. Mucha gente. *Yo,* por ejemplo...

CAPITULO VI

El inspector Hopkins no pudo pegar el ojo en toda la noche.

En primer lugar le remordía la conciencia por lo que había ocurrido entre él y Teresa. No podía mirar a su esposa, durmiendo plácidamente a su lado, y saber que la había engañado miserablemente. No volvería a hacerlo. No volvería a caer en la trampa.

En segundo lugar, estaba aquel maldito y cada vez más complicado asunto. El asesinato de Bill Martino, ponía de manifiesto una especie de extraño complot contra algunos jockeys. Por lo tanto, ahora ya no se trataba de lo que habían pensado en un principio. El asesinato de Mason no era una muerte aislada sino que estaba relacionada con las demás.

¿Quién podía tener aquel odio por los jockeys?

Hopkins se levantó temprano, se duchó, se tomó un café y le dijo a su esposa que regresaría tarde.

Encontró a Nicholson con cara de pocos amigos.

—El jefe está que muerde —gruñó nada más entrar Hopkins—. Quiere resultados inmediatos, como si esto fuera coser y cantar. Hace un rato hemos tenido una discusión. ¡Que se vaya al cuerno! ¿Tienes algo nuevo?

Hopkins le refirió la conversación que había mantenido con Cintia. Y también con Slim Miller.

Nicholson también quedó sorprendido al saber que Mason era un drogadicto.

—Eso abre una nueva vía para la investigación del caso —dijo pensativo.

—Tom, voy a necesitar ayuda.

—¿Te sirvo yo?

—Claro. Este asunto empieza a complicarse de tal modo que puede ocurrir cualquier cosa. Y hay que tomar medidas.

—¿Medidas?

—Sí. Al principio empezamos a investigar el asesinato de Mason como un hecho aislado. Luego ocurrió lo de Benson. Pensé que ambos casos podían estar relacionados entre sí, aunque no estaba seguro. Ahora, después de la muerte de Martino, estoy completamente convencido de que existe un complot contra algunos jockeys y que, si no tomamos medidas, habrá nuevas muertes.

—¿Medidas? ¿Qué clase de medidas?

—Protección oficial, por ejemplo.

—¿Sabes cuántos jockeys hay en este país, John? —preguntó

Nicholson.

—Supongo que muchos, pero algo habrá que hacer para protegerles, ¿no te parece?

—Cuando se lo diga al jefe no le va a gustar.

—¡Que se vaya al diablo!

—Admitamos una cosa, John —dijo Nicholson encendiendo su pipa—. Estamos como al principio. No tenemos una sola pista. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Por completo. ¿Se han encontrado casquillos de las balas que han acabado con la vida de Bill Martino?

—Sí. Son del mismo calibre que las que mataron a Benson. Y también hemos encontrado huellas de zapatos.

—¿Treinta y ocho?

—Exactamente.

Hopkins se dispuso a salir.

—Hoy voy a tener un día muy ocupado, Tom —le dijo a su compañero —. Si te necesito, ya te llamaré.

—De acuerdo.

Lo primero que hizo Hopkins al salir de Scotland Yard fue dirigirse a una cafetería cercana donde desayunó y le echó un vistazo al periódico del día.

Una hora después, llegaba al hipódromo donde habían asesinado a Bill Martino.

* * *

Teresa se revolcó en la cama como una gatita y se desperezó. Cuando pensó en Hopkins se echó a reír.

¡Si todos los amantes que había tenido hubiesen sido como él, vaya aburrimiento!

Es posible que el inspector se lo hubiera pasado bien pero lo que es ella... Hopkins era uno de esos hombres que apenas tenían aguante, uno de esos hombres que se derriten en cuanto una mujer hermosa les pone la mano encima...

Naturalmente, ella había tenido que fingir, había tenido que hacerle creer que se lo estaba pasando muy bien cuando la verdad era que no le había hecho sentir absolutamente nada.

Cuando sonó el teléfono, Teresa saltó desnuda de la cama y acudió a descolgarlo.

—¿Si?

—Hola. Soy yo.

—¡Hola, cariño!

—¿Alguna novedad?

—No. Todo sigue igual.

—¿Qué tal van las cosas con Hopkins?

—Le tengo en la palma de la mano. No te preocupes por él, querido.

—¿Te has enterado de lo de Bill Martino?

—Sí. Pero ándate con cuidado. La policía empezará a sospechar la verdad tarde o temprano.

—Cuando quiera darse cuenta, yo ya habré terminado con mi trabajo y nos largaremos de este país, nena. Pero antes de que ocurra eso, aún me queda algo por hacer. Lo que tú tienes que hacer, es seguir controlando a Hopkins y sacándole toda la información que puedas. ¿De acuerdo?

—Sí, cariño.

—Bien, volveré a llamarte dentro de tres días. Es el tiempo que le doy de vida a Charly Nelson.

* * *

El encargado de las cuadras era un tipo macizo que en sus buenos tiempos había sido boxeador allá en su país natal, Escocia. Llevaba una gorra a cuadros y de sus gruesos labios colgaba un cigarrillo apagado.

Cuando vio acercarse a Hopkins entornó los ojos. No le gustaban las visitas y mucho menos a aquellas horas de la mañana cuando el trabajo era más duro. Las visitas rompían el ritmo del mismo y a él le gustaba terminar pronto.

Pero cuando Hopkins le dijo quién era, Fat Morris se quitó la gorra en señal de respetuoso saludo porque si a alguien respetaba el rudo encargado, era a la policía.

—Estoy a su entera disposición, inspector.

—Muchas gracias, señor Morris —asintió Hopkins—. Usted conocía muy bien a Martino, ¿no es cierto?

—Era como un hijo para mí, inspector. Como un hijo, se lo aseguro. Le conocía desde que empezó a montar su primer caballo. ¡Pobre muchacho! Tuve un gran disgusto.

—¿Alguna vez le habló de que había recibido amenazas o algo por el estilo?

—Nunca.

—¿Tenía enemigos?

—No. Bill Martino era un buen hombre y un gran amigo. Y también un excelente jockey.

—¿Conocía Martino a Jack Mason?

—Por supuesto.

—¿Y también a Tim Benson?

—También. Los tres habían sido muy buenos amigos, inspector.

—Curioso... —murmuró Hopkins.

—¿Decía algo?

—No... no. Señor Morris, ¿ocurrió algo entre ellos? Me refiero entre Martino, Benson y Jack Mason...

—Que yo sepa, no. De todos modos, tengo entendido que la amistad entre Bill Martino y Jack Mason se había deteriorado bastante en los últimos meses. Bueno, al menos eso es lo que yo he oído por ahí. No es que Martino me lo dijese... Son simples comentarios, ¿comprende?

—Comprendo...

—El mundillo de la hípica es una caja abierta. Todo son rumores y comentarios. Por ejemplo...

—¿Qué?

—Se decía que Mason era drogadicto. Pero claro, yo no pondría las manos en el fuego. Se dicen muchas cosas.

—Me gustaría hablar con alguien que conociese perfectamente a Bill Martino, señor Morris.

—Entonces hable con su esposa. Tiene una *boutique* muy elegante en Wilbury Park. Ella es la persona que mejor le conocía en este mundo. Se adoraban.

—Gracias, señor Morris. Ha sido usted muy amable.

La viuda de Bill Martino resultó ser una mujer que aun no siendo excesivamente bella, poseía una gran personalidad.

Tal como había dicho Fat Morris, Deborah Martino tenía una elegante *boutique* para mujeres en Wilbury Park.

Cuando el inspector le mostró sus credenciales, la mujer hizo un gesto de contrariedad. Era evidente que no le gustaba que la policía fuera a visitarla a la *boutique* y mucho menos a aquella hora cuando Inasistencia de clientes era más numerosa.

—Acompáñeme a mi despacho, inspector —le dijo a Hopkins y echó a andar hacia el fondo de la tienda donde había una escalera de caracol.

El pequeño despacho estaba muy bien decorado y era confortable. Tomaron asiento el uno frente al otro.

—¿Le molesta que fume? —le preguntó Hopkins.

Ella movió la cabeza.

—¿Quiere uno?

—Gracias, no fumo.

Después de una breve pausa. Hopkins dijo:

—Señora Martino, estamos investigando el asesinato de su marido. Estamos casi convencidos de que su muerte tiene que ver con otras dos que se han producido en poco tiempo...

—¿Jack Mason y Tim Benson? —preguntó la mujer.

—Exactamente. No creo en las casualidades y el hecho de que los tres sean jockeys, me da qué pensar. ¿Había alguna relación entre los tres?

—No que yo sepa.
—¿Está segura?
—Bueno, eran amigos si es a eso a lo que se refiere, inspector.
—¿De verdad eran amigos? He oído decir que Mason y su marido...
—Es cierto. Fueron amigos durante mucho tiempo, hasta que un día dejaron de serlo.
—¿Sabe por qué?
—No.
—¿No se lo comentó nunca su marido?
—Jamás. Ni yo se lo pregunté. Era algo que no me importaba. Además, hasta me alegré.
—¿Por qué?
—Jack Mason nunca me había caído bien. Era un hombre extraño, violento... Decían que se drogaba.
—¿Y qué puede decirme de Tim Benson?
—El y Mason fueron grandes amigos pero también acabaron peleándose.
—Lo sé.
—Benson era un buen amigo. Mi marido y él habían participado juntos en muchas carreras. Se llevaban bien.
—¿Sabe si su marido había recibido alguna amenaza de muerte?
—¡No!
—¿Está segura?
—Por completo. El me lo hubiese dicho o yo se lo habría notado. Pero Bill se comportaba normalmente. Estaba tan alegre y hablador como siempre. No, inspector, estoy segura de que no había recibido ninguna amenaza de muerte. Ni comprendo que hubiese alguien interesado en asesinarle. Se lo repito. Era un buen hombre. No tenía enemigos.
Hopkins se puso en pie.
—Muy bien, señora Martino. Gracias por su colaboración.
—De nada, inspector.
Hopkins abandonó la *boutique* con la sensación de que no había adelantado un solo paso.
Todo el mundo parecía coincidir en lo mismo: Jack Mason era un canalla y los demás, unos angelitos. Jack Mason era el malo de la película.
Tendría que volver a hablar con Teresa, pero antes tenía que ir a «Phantoms».

* * *

La hora en que el inspector llegó a «Phantoms» no era precisamente la más indicada para un cliente que quisiera divertirse ya que el local estaba prácticamente vacío y no había una sola de las chicas que solían ir por allí

de «pesca».

Pero Hopkins no iba a divertirse sino a intentar poner en su sitio las revueltas piezas del rompecabezas que tenía entre manos.

Detrás de la barra había un negro con pinta de marica.

Hopkins le mostró la placa.

El negro sonrió mostrando sus blanquísimos y bien cuidados dientes.

—Estoy limpio —dijo con voz aflautada—. Le juro que estoy limpio. Si no me cree...

—No he venido por ti, muchacho. Quiero hablar con el dueño.

—Está en su cubil.

—Llámale.

—No le va a gustar. Tiene visita.

—¡Me importa un rábano que le guste o no! ¡Llámale!

El negro hizo un gesto tremendamente afeminado con los hombros y abandonó la barra contoneándose lascivamente como una ramera. Hopkins encendió un cigarrillo y echó un vistazo a su alrededor.

Era lo de siempre. Reservados, luz íntima... olor a perfume barato. Y consumición cara.

—¿Sí?

Hopkins se volvió. Frente a él tenía a un individuo que no le era del todo desconocido. Pequeño, nervioso, cabellos revueltos y ojos vivarachos, muy elegante y sofisticado en su forma de vestir; traje blanco, camisa azul claro, corbata roja... y una gardenia en el ojal.

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó Hopkins.

—Claro. Venga conmigo.

Se sentaron en uno de los reservados. El inspector vio de reojo que el mariquita estaba hablando solo.

—Hábleme de Teresa —le dijo Hopkins a aquel tipo.

—¿Teresa? ¿Qué Teresa?

—La esposa de Jack Mason, el jockey asesinado. Supongo que habrá oído hablar de ese asunto, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! Ahora recuerdo. En efecto, esa chica trabajó aquí. Pero no se llama Teresa.

—¿No?

—Bueno, quiero decir que aquí utilizaba otro nombre: Pamela.

—De acuerdo. Entonces hábleme de Pamela o como diablos se llame.

—¿Y qué quiere que le diga? Era una de las muchas chicas que venía por aquí en busca de ligue. Pero eso sí, ella tenía mucho éxito. Mis clientes se la disputaban. Por lo visto en la cama era algo grande.

«¡Qué me vas a contar a mí!», pensó Hopkins.

—¿Qué más?

—Bueno, pues un día dejó de venir.

—¿Sabe por qué?

—Claro. Pescó a un pez gordo.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Jack Mason. Ese jockey estaba forrado de billetes.

—¿También él venía por aquí?

—No. Más tarde supe que lo había conocido en una fiesta que había dado un amigo de Mason.

—¿Recuerda el nombre de ese amigo?

—Sí. Charly Nelson.

—¿Charly Nelson?

—Es otro jockey, ¿no es cierto?

—Sí... —murmuró pensativamente Hopkins—, Es un jockey bastante famoso.

De repente, el inspector se puso de pie.

—Gracias por su información —dijo—. Adiós.

Hopkins abandonó precipitadamente el local.

Acababa de tener un presentimiento.

¡El asesinato de Charly Nelson era el próximo!

CAPITULO VII

El propietario del caballo «Avenger» estaba controlando el tiempo de carrera al pie de la pista mientras Charly Nelson, acurrucado sobre la montura del animal, procuraba sacar la máxima ventaja posible a su invisible rival.

«Avenger» era un buen caballo, demasiado joven quizá para participar en una carrera comprometida, pero indudablemente tenía toda la estampa y la clase de un caballo en el que en un tiempo no muy lejano se podría confiar ciegamente.

Caballo y jinete pasaron velozmente por donde se encontraba Big Corben, el propietario de una famosa cuadra que había cosechado abundantes éxitos.

—¡Magnífico, Charly! —gritó Big Corben—. ¡Eso ha estado muy bien!

—¡Voy a darle un poco de descanso!

—De acuerdo.

Charly detuvo su caballo y aflojó las bridas, luego le dio algunas palmadas en el sudoroso cuello.

—Has estado bien, «Avenger». Pero aún te falta un poco de velocidad.

El caballo relinchó como si hubiese comprendido aquellas palabras del experto jockey.

Súbitamente, sonaron dos disparos.

Charly Nelson recibió ambos impactos en la espalda y antes de que pudiera soltar un solo grito, cayó fulminado al suelo aunque sin soltar las bridas de «Avenger».

Big Corben acudió corriendo pero ya era demasiado tarde.

Su jockey favorito había muerto.

* * *

Cuando se enteró de la noticia, Hopkins soltó una maldición.

—Lo presentí —le comentó a Nicholson—. ¡Te juro que lo presentí, Tom! Pero ese maldito asesino se nos ha adelantado una vez más...

—Esto empieza a oler muy mal, John.

—Terriblemente mal.

—Y lo que es peor, estamos dando palos de ciego.

—Sí.

—¡Maldito rompecabezas! ¡No hay modo de encajar una sola pieza!

—Supongo que el asesinato de Nelson tendrá las mismas características

que los otros.

—En efecto. Dos casquillos de 9 mm y huellas de pisadas... Poca cosa, ¿verdad?

—¡Mierda!

—Ya van cuatro asesinatos, John. Y todos jockeys. ¿Qué es esto?

—No tengo ni puñetera idea.

—El jefe querrá que le demos alguna explicación.

—Pues no la tengo todavía. Y no la tendré hasta que logre establecer qué motivos pueden existir que justifiquen el asesinato de esos cuatro jockeys.

La ambulancia se alejó del hipódromo llevándose el cuerpo de Charly Nelson.

Hopkins soltó una nueva maldición y se alejó pensativamente seguido por su compañero.

—Voy a visitar a Teresa —dijo el primero—. He descubierto que me ha estado ocultando cosas.

—John...

Hopkins se volvió con expresión adusta.

—¿Qué pasa?

—Ve con cuidado con ella. Me da en la nariz que no es de fiar.

—Empiezo a pensar lo mismo.

* * *

Teresa vio venir a Hopkins y rápidamente se cambió de vestido poniéndose uno mucho más atrevido.

Cuando ella le abrió la puerta y el inspector la vio, no pudo remediar aquel inoportuno nudo en la boca del estómago. Aquella mujer se había convertido en una especie de obsesión erótica y de repente, recordó aquella inolvidable hora que había pasado con ella en la cama.

Pero tenía que mostrarse duro consigo mismo. No podía flaquear si no quería que aquel caso se convirtiera en su primer fracaso profesional.

—Me alegra verte, John —le dijo ella—. Te he echado mucho de menos, ¿sabes?

—¿De verdad?

—Palabra. El otro día lo pasé muy bien contigo.

Aquello halagó a Hopkins.

—Yo también lo pasé muy bien, Teresa. ¿O debo llamarte Pamela?

Observó que la muchacha palidecía ligeramente, pero era indudable que tenía excelentes reflejos porque de pronto soltó una risita y dijo:

—¿Estás investigando mi vida, John?

—Cuando se trata de cuatro asesinatos, hay que investigarlo todo.

—¿Cuatro?

—Acaban de matar a otro jockey. Charly Nelson.

—¡Es terrible!

—Ya hablaremos de eso luego... —dijo pensativamente Hopkins sentándose—. ¿Por qué no me dijiste que habías trabajado en «Phantoms»?

—Esa es una parte de mi vida que deseo olvidar cuanto antes, John —respondió ella tristemente—. Por ello prefiero no mencionarla. Perdóname. De todos modos, no creo que mi vida privada tenga gran importancia en la investigación que estás llevando a cabo...

Hopkins no hizo caso de aquella alusión. Para él cualquier detalle podía ser importante.

—Háblame de eso —le dijo a la muchacha.

—¿Qué quieres que te diga? Trabajé en «Phantoms» una temporada. Tenía que ganarme la vida.

—Y fue entonces cuando conociste a Jack Mason, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Dónde?

—En una fiesta.

—En casa de Charly Nelson.

—Sí... —asintió ella.

—Háblame de él.

—¿De Charly?

Hopkins asintió con la cabeza.

—Bueno, era un buen hombre. Algo celoso de los éxitos de mi marido, es verdad, pero un buen hombre.

—¿Por qué no me dijiste que Jack se drogaba? —soltó de repente el inspector.

—¿Qué?

—No irás a decirme que no lo sabías...

—¡Claro que no! —casi gritó ella—. ¡Porque es mentira!

—¿Estás segura?

—¡Naturalmente! ¡Jack Mason no se drogó jamás! ¡Jamás! ¿Quién te ha dicho semejante patraña?

—Eso no tiene importancia.

—John... —la muchacha se sentó junto al inspector—. Tengo la impresión de que alguien quiere desprestigiar a Jack.

—¿Desprestigiarle? ¿Por qué?

—No lo sé, John —dijo ella a punto de llorar.

Hopkins la rodeó con su brazo.

—Vamos, vamos, no llores...

—¡Es que no es justo que hagan eso, John! Jack no era un buen hombre, lo sé. Me trataba mal, era orgulloso, déspota... todo lo que quieras... pero era incapaz de drogarse. ¡Te lo juro!

—Está bien. Te creo.

—¿De verdad me crees, John?

—Sí.

Ella se acurrucó sobre su pecho y cuando Hopkins aspiró el suave y excitante perfume que la muchacha llevaba en su cabello, supo que una vez más iba a caer en la trampa. Se sentía demasiado débil, no era lo bastante fuerte para luchar contra aquella mujer. El deseo le dominaba.

La besó en el cuello y ella gimió.

—John...

—Sí...

Teresa le ofreció sus ardientes labios.

—Te deseo —le dijo—. Te deseo con todas mis fuerzas.

Hopkins tragó saliva.

La sangre ardía en sus venas.

Y cuando ella empezó a desnudarse, el inspector se puso a temblar como una hoja.

* * *

Nicholson, a espaldas de su compañero, había encargado a uno de sus confidentes que hablara con sus amigos por si alguno de ellos sabía quién proporcionaba la droga a Jack Mason suponiendo que fuera verdad que el jockey había sido un drogadicto.

Y aquella misma tarde, mientras Hopkins estaba en la cama con Teresa, Nicholson recibió una llamada de su confidente citándole en un callejón cercano al bar «Red Point», en pleno Soho.

El confidente era un tipo llamado Buggy. Era delgado y vestía siempre de un modo muy llamativo.

Nicholson bajó de su coche y se metió en el callejón. Buggy estaba esperándole junto a la puerta trasera del bar.

—Se llama O'Hara —dijo Buggy—. Aunque todos le conocen por «Gardenia».

—«Gardenia», ¿eh?

—El mismo. Es el dueño de un pub llamado «Phantoms».

—Gracias, Buggy.

—Chao.

Nicholson se rascó la nariz.

Por un momento, estuvo tentado de rematar él mismo aquella información, pero puesto que se trataba de un caso que llevaba su compañero, prefirió esperarle.

Dos horas después, Hopkins le llamó por teléfono.

—¿Dónde diablos te has metido, John? —gruñó Nicholson.

—¿Qué pasa? ¿Es que vas a controlar todos mis movimientos?

—Has estado con ella, ¿verdad?

—¿Y a ti qué diablos te importa?

—Estás jugando con fuego, John. Ve con mucho cuidado. Si el jefe se entera, estás listo.

—¡Al diablo con él! Tom, esa chica es buena. Me he equivocado con ella.

—Bueno, allá tú. Oye, tengo una noticia para ti.

—¿De qué se trata?

Nicholson se lo contó.

—Gracias, Tom —murmuró Hopkins. Y colgó violentamente.

Cuando abandonó la cabina telefónica, Hopkins estaba realmente furioso. No podía soportar que le tomaran el pelo o que intentaran engañarle.

Y si la información que acababa de darle Nicholson era cierta, Teresa le había engañado.

Le había engañado miserablemente.

Mientras Hopkins se dirigía a «Phantoms», recordó de pronto que cuando había visto por primera vez a O'Hara, su cara le había resultado familiar. Seguramente estaba fichado y habría visto su ficha en Scotland Yard en alguna ocasión.

Cuando entró en «Phantoms» lo encontró lleno de gente. Algunas chicas bastante bonitas pululaban por allí en busca de clientes.

—Buenas tardes, inspector —le saludó el mariquita.

—Quiero hablar con O'Hara.

—¿Otra vez?

—Haz lo que te digo... —masculló entre dientes Hopkins.

El empleado utilizó en esta ocasión un teléfono que sacó de debajo del mostrador para ponerse en contacto con su jefe. Habló con él unos instantes y luego colgó.

—Suba por aquella escalera, inspector —le dijo el mariquita—. «Gardenia» le está esperando.

El despacho de O'Hara era elegante y estaba bien acondicionado.

—Adelante, inspector —dijo «Gardenia». Tenía un enorme puro en su mano derecha.

Hopkins cerró la puerta y se plantó delante de O'Hara.

—Voy a detenerle, «Gardenia» —dijo Hopkins.

El aludido arrojó la ceniza en la papelera que tenía a su lado. Pero no dijo nada.

—¿Es que no me ha oído? —preguntó Hopkins.

—Si, inspector. Le he oído. Y supongo que se estará refiriendo a Jack Mason.

—En efecto.

—Alguien le ha dicho que yo le proporcionaba la droga.

—Así es.

—Es mentira.

Hopkins le dio un violento empujón y tiró a O'Hara sobre la mesa de despacho. Luego le colocó su antebrazo en el cuello. El inspector resoplaba como un caballo a punto de alcanzar la meta.

—¡No me gusta que me tomen el pelo, «Gardenia»! —masculló entre dientes—. Así que no me vengas con mentiras. ¿Está claro?

—¡Suélteme, inspector! —exclamó sin apenas voz O'Hara—. Le diré lo que quiere saber.

Hopkins le soltó. «Gardenia» se pasó una mano por el dolorido cuello.

—De acuerdo... —dijo después—. De acuerdo... Mason venía por aquí de vez en cuando y yo... le ayudaba...

—¿Le ayudabas, hijo de perra?

—¿Qué quiere? Estaba desesperado. Como loco.

—«Gardenia», en cuanto termine con este asunto me las veré contigo. Voy a cerrarte el local.

—¡No haga eso, hombre! Yo puedo ayudarle mucho.

—¿Tú? ¿Ayudarme?

—Sé algunas cosas que pueden interesarle.

—¿Qué cosas?

—Hagamos un trato primero.

—No hay trato.

—Pero, inspector...

—¡Habla, O'Hara!

—Ella venía también algunas veces...

—¿Quién es ella?

—Pamela... o Teresa... o como diablos se llame ahora. Venía a buscar la droga para él.

—¿Es cierto eso?

—Como esta luz que nos alumbra.

—¿Y por qué diablos no me lo dijiste el primer día?

O'Hara se encogió de hombros.

Hopkins se dirigió hacia la puerta pero antes de salir, se volvió a O'Hara y le señaló con el dedo.

—Cierra el pico y no digas a nadie lo que hemos estado hablando, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero no se olvide de la promesa que me ha hecho, inspector.

—¡Yo no te he hecho ninguna promesa, «Gardenia»! —exclamó Hopkins cerrando de un portazo.

* * *

—¿Qué es lo que ocurre, cariño? —le preguntó su esposa.

—No puedo dormir, Sally —le respondió él sentado en la cama.

Luego, se levantó pesadamente y se dirigió a la cocina. Abrió el refrigerador y sacó la botella de leche. Le dolía el estómago y la leche le aliviaba aquel dolor punzante y molesto.

Sally apareció poco después.

—¿No te encuentras bien?

—Me duele un poco el estómago.

—Últimamente estás trabajando demasiado, John.

—Es ese maldito caso.

—¿El de los jockeys asesinados?

—Sí. Me tiene desconcertado. No hago más que darle vueltas y más vueltas, pero nunca consigo aclarar nada.

Lo único que Hopkins había aclarado era que Teresa le había estado engañando. Le había dicho que su marido no se drogaba y sin embargo ella misma iba en busca de la droga. ¿Por qué lo había hecho? No tenía sentido. ¿Qué era lo que pretendía ocultar?

—John... ¿puedo ayudarte?

Hopkins se volvió. Sally se acercó hasta él y le acarició los cabellos. Era una buena mujer y mejor esposa. Hopkins estaba avergonzado por lo que había hecho a sus espaldas con Teresa...

Él le rodeó la cintura y la besó dulcemente.

—No, cariño. No puedes ayudarme —le dijo.

Hopkins se levantó y se dirigió al salón en busca de un cigarrillo.

De repente, se detuvo.

—¿Ocurre algo, John? —le preguntó Sally.

—He sido un estúpido... un perfecto estúpido... —murmuró el inspector.

—¿Qué quieres decir, John?

Se volvió para mirar a su esposa.

—Creo que acabo de descubrir algo muy importante, Sally. Muy importante.

CAPITULO VIII

Nicholson se encontraba en la cafetería desayunando y leyendo el periódico cuando llegó Hopkins y se sentó a su lado.

—Hola. John —saludó el primero.

—Hola.

—Tienes mala cara.

—No he dormido en toda la noche.

—¿Tu estómago? ¿O mórbidos pensamientos?

—Olvida eso. Quiero que se vigile a Teresa.

—¿Cómo?

—Me has oído perfectamente.

—¿A qué viene eso?

Hopkins le contó lo que le había dicho «Gardenia».

—Te lo advertí —dijo Nicholson—, Esa mujer no es de fiar. Oculta algo. Y puede ser grave.

—Por eso quiero que la vigilen, Tom. Y cuanto antes mejor.

—Yo me encargo de ello.

—Bien. Otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Hay que exhumar el cadáver.

—¿De qué cadáver estás hablando?

—Del de Jack Mason.

Nicholson dejó de masticar y volvió la cabeza.

—¿Hablas en serio?

—Claro que estoy hablando en serio.

—Hará falta un permiso de su mujer.

—Lo haremos sin su permiso.

—Pero, ¿es que te has vuelto loco?

—¡No quiero que ella se entere, Tom! Eh, un momento... —dijo de repente Hopkins—. Acabo de cambiar de opinión. Se lo voy a decir.

—John, dime de una vez qué te traes entre manos.

—Lo sabrás muy pronto. Lo que tú tienes que hacer es ponerle vigilancia a Teresa y obtener un permiso oficial para la exhumación del cadáver.

—Muy bien. Espero que sepas lo que haces.

—Lo sé.

Hopkins se terminó el desayuno y abandonó la cafetería. Media hora más tarde, estaba en casa de Teresa.

—¿Qué tal, cariño? —le preguntó ella—. ¿Hay alguna novedad?

—Una y muy importante.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Eres muy curiosa... —sonrió el inspector.

—Bueno, si no quieres decírmelo, allá tú...

—No tengo más remedio que decírtelo porque necesito tu colaboración.

—¿Mi colaboración?

—Sí. Es algo muy delicado, Teresa... y desagradable, pero necesario.

—Bueno, dime de una vez de qué se trata, John. Me tienes intrigada.

—De la exhumación del cadáver de tu marido.

Ella retrocedió, lívida.

—¿Qué has dicho? —balbució.

—Teresa, comprendo que no te guste la idea. Pero no hay otro remedio.

—No...

—Teresa, escucha...

—¡No voy a permitir que hagas eso, John! —gritó ella.

—¿Por qué no? ¿No quieres que descubramos al asesino de tu marido?

La muchacha parecía haberse repuesto. Sin embargo, cuando encendió aquel cigarrillo, sus manos seguían temblando.

Luego, miró a John.

—¿Por qué quieres hacer eso?

—No puedo decírtelo. Lo siento.

—¡Tengo derecho a saberlo si tengo que dar mi aprobación!

—No necesariamente... —el inspector se acercó hasta ella y sujetó sus brazos—. Teresa, confía en mí. No puedes negarme esa posibilidad de descubrir al asesino de Mason.

—Está bien. Pero tienes que dejar que lo piense, John.

—De acuerdo. Sólo hasta mañana.

Tan pronto el inspector Hopkins abandonó su casa, Teresa hizo una llamada telefónica.

—¿Sí? —le respondieron al otro lado del hilo. Era una voz gutural, grave.

—Póngame con la habitación 117.

—Un momento.

Después de unos segundos de pausa, se escuchó otra voz.

—¿Quién es?

—Teresa.

—¡Maldita sea! ¡Te dije que no me llamaras aquí si no era algo muy importante!

—Lo es, cariño. Y mucho. Pero no puedo decírtelo por teléfono.

—Bien. A las diez en el lugar que ya sabes.

* * *

Sir Arthur Boyle estaba siguiendo la carrera con sus inseparables prismáticos.

Corría su caballo «White Wolf» y una vez más era el favorito. Por ese motivo, el inspector Hopkins hizo una pequeña apuesta esperando que ocurriese lo mismo que la ocasión anterior.

A «White Wolf» lo montaba un jockey de cabellos color panocha llamado Straton. Era un irlandés afincado desde hacía muchos años en Inglaterra. Estaba considerado como el mejor.

«White Wolf» iba en tercera posición. Delante de él iban dos caballos de la cuadra de Aldus McGregor, dos hermosos ejemplares de descendencia árabe.

—¿Sir Boyle?

El aludido se volvió.

—Hola, inspector —gruñó—, ¿Qué le trae por aquí? —Tengo que hablar con usted.

—Tendrá que esperar a que termine la carrera.

—Muy bien. Esperaré.

Hopkins se situó cómodamente al lado del millonario. «White Wolf» iba ahora en cuarta posición. Straton iba agazapado sobre la montura y de vez en cuando fustigaba ligeramente al caballo.

—No me gusta... —gruñó sir Arthur—. No me gusta...

—Se diría que «White Wolf» prefería la compañía de Tim Benson —dijo Hopkins—. ¿No le parece, sir Arthur?

—Sí, creo que tiene razón, inspector De todos modos, vamos a ganar.

Sin embargo, se equivocó. A pesar de los esfuerzos de Straton, «White Wolf» llegó en tercera posición. Había sido una carrera sin historia puesto que desde el primer momento se vio que los caballos de McGregor eran superiores a los de sir Boyle.

—Lástima —murmuró Hopkins arrojando su ticket de apuesta al suelo —. Acabo de perder tres libras.

—Yo he perdido mucho más —gruñó sir Arthur. Luego echó a andar. Iba taciturno. Encendió un cigarrillo sin ofrecerle ninguno al inspector. De repente, se volvió.

—¿Qué quiere de mí, Hopkins?

—Hablarle de Teresa.

—¿Quién diablos es Teresa?

—La esposa de Mason.

—Bueno, ¿y qué?

—Usted la conoce, ¿no es verdad?

—No.

—No me mienta.

—¿Y qué si la conozco?

—Eso está mejor. Hábleme de ella.

—¿Qué quiere que le diga? Es una mujer muy bella... Sí, vino a alguna de mis...

—Orgías...

—Pero eso fue antes de que conociera a Mason. Yo necesitaba chicas para mis amigos y había alguien que me las proporcionaba. Un día me presentaron a Teresa. Me pareció bien. Muy bien. Hizo su trabajo, la pagué y en paz.

—Vuelve a mentirme.

—¿Qué?

—Usted y ella siguieron viéndose, ¿no es cierto? Incluso fue su amante durante algún tiempo. Y también de Tim Benson. ¿Me equivoco?

—No... —admitió sir Arthur.

—Y ése fue el motivo por el que Tim y Jack Mason se pelearon, ¿no es verdad?

—¡Y yo qué sé! Lo único cierto es que esa golfa me dejó plantado por Benson. ¡Estúpida! A mi lado hubiese podido tener lo que hubiera querido, pero ella prefirió a Benson. Bien, allá ella con su problema. Luego, se cruzó por medio Mason y lo que ocurrió entre los dos jockeys ya no es de mi incumbencia. Y ahora perdóneme, inspector. Tengo que hablar con Straton. Ese estúpido ha hecho una carrera poco inteligente.

Hopkins se quedó solo y echó a andar pensativo hacia la salida.

Una cosa empezaba a estar clara: Teresa había sido una furcia de cuidado, una golfa que se había vendido al mejor postor y que a él le había estado tomando el pelo...

Pero ahora, había llegado el momento de devolverle la pelota.

* * *

Nicholson le entregó un documento a su compañero.

—Aquí tienes el permiso para la exhumación del cadáver, John. El jefe me lo ha dado a regañadientes. No ha sido fácil convencerle, ¿sabes? Se negaba en redondo. He tenido que decirle que tratas de conseguir una prueba definitiva para atrapar al asesino de los jockeys.

—Y es la verdad.

—¿No puedes hablarme de ello?

—Quiero darte una sorpresa, Tom. ¿Has puesto vigilancia a la casa de Mason?

—Sí. Todo está absolutamente controlado. Si hay algún movimiento sospechoso o esa chica sale de casa, me lo comunicarán inmediatamente.

—Perfecto. ¿Vamos?

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? Al cementerio.

Cuando llegaron al coche de Hopkins, Nicholson vio que había alguien en su interior. Era Sam Mortimer, uno de los forenses de Scotland Yard.

—¿Qué está haciendo aquí ese abre tripas? —le preguntó Nicholson a su compañero.

—Voy a necesitar de sus servicios, Tom.

—¿Es que pretendes hacer una autopsia al cadáver?

—Sí.

—¡Debes haberte vuelto loco de remate! —exclamó Nicholson metiéndose en el automóvil—. No sólo vas a comprometerte tú sino que también me vas a comprometer a mí.

—Tranquilo.

—¡Ja!

Hopkins conducía lentamente. Se diría que estaba completamente relajado, seguro de cada uno de sus movimientos.

Sam Mortimer iba fumando en su apestosa pipa.

—Lo que voy a hacer me gusta... —dijo de pronto—. Se aparta de la monotonía diaria.

Nicholson arrugó la nariz.

—Eres un maldito sádico, Sam.

—Es mi trabajo.

Hopkins condujo el coche hasta el cementerio y luego los tres hombres se dirigieron hacia los dos empleados que ya les estaban aguardando junto a la tumba de Mason.

El inspector les entregó la autorización. Uno de ellos la leyó detenidamente y luego se la guardó en un bolsillo.

Tardaron menos de diez minutos en sacar toda la tierra amontonada sobre el féretro.

—Llévenlo a la sala que hay junto a la capilla —les ordenó el forense a los dos empleados.

Estos cargaron con el féretro, cruzaron el cementerio, y finalmente entraron en una pequeña sala, pintada totalmente de blanco y donde había una mesa metálica.

—Pueden marcharse —les dijo Hopkins—. Ya les llamaré cuando les necesite.

Los dos empleados se alejaron silenciosamente.

Hopkins y Sam Mortimer abrieron el féretro.

Nicholson tuvo que volver la cabeza. Aquel cuerpo estaba ya en evidente estado de descomposición.

—Bien, Sam —dijo Hopkins—. Empieza con tu trabajo, ¿quieres?

—¡Encantado!

* * *

Teresa estaba sumamente nerviosa. Parecía como si el tiempo se hubiese detenido.

A las nueve y cuarto en punto, apagó todas las luces de la casa y abandonó ésta.

Se dirigió al garaje privado y se metió en su coche.

En ese mismo instante, al otro lado de la calle, el agente Preston se ponía en contacto con Nicholson.

—La mujer acaba de salir, inspector.

—De acuerdo. Síganla y procuren no perderla de vista. Nosotros vamos hacia allá.

Después de colgar el teléfono, Nicholson se volvió a Hopkins que estaba fumando silenciosamente a su lado.

—El pájaro acaba de abandonar el nido —le dijo.

—Muy bien. Vamos.

En el coche, Nicholson conectó con la frecuencia que habían establecido con los policías que vigilaban la casa de Mason.

—El automóvil de la mujer ha tomado Kensington Road, inspector.

—De acuerdo —respondió Nicholson tomando aquella misma dirección.

Al cabo de un instante, se volvió a oír la voz de Preston.

—Acaba de torcer por Sloane Street.

—¡Qué pena...! —exclamó de pronto Hopkins.

Nicholson le miró.

—¿A qué te refieres?

—A Teresa. Es una mujer tan hermosa...

—¿Te has acostado con ella?

—¿Y eso qué importa?

—Vamos, dímelo.

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

—Es posible que tengas razón.

—¿Y qué tal?

—¡Oh, vamos, Tom! No seas tan retorcido.

—El coche acaba de cruzar hacia King's Road, inspector —dijo la voz de Preston.

—¿Lo pasaste bien? —insistió sonriendo Nicholson.

—Fue inolvidable, Tom.

—¡Chico, qué suerte!

—No lo creas. Esta será la última vez que me lío con una mujer que esté envuelta en un caso que estoy investigando. Luego, todo son problemas. Además, está muy claro que me ha estado utilizando.

—Sí, eso es verdad. Menos mal que te has dado cuenta a tiempo. Pero

mientras tanto, es indudable que te lo has pasado bien, ¿eh, granuja?

—¡El coche se ha detenido en Sloane Square, inspector! —dijo Preston.

—Bien, no le quiten el ojo de encima. Vigilen a esa mujer. Nosotros llegaremos en un momento.

Mientras Hopkins colocaba la sirena en el techo del automóvil, Nicholson apretaba a fondo el acelerador. Era indudable que aquélla era una de las pocas ventajas que tenía ser policía. El tráfico se detenía para dejarles paso. Era como ir por una autopista en pleno centro de Londres.

A pocos metros de Sloan Square, Hopkins retiró la sirena y su compañero redujo la marcha.

Los dos coches patrulla de la policía se encontraban en una esquina de la plaza.

—La mujer ha entrado en aquel portal, inspector —dijo Preston a Hopkins.

—Muy bien. No se muevan de aquí y sigan vigilando.

Cruzaron un pequeño jardín y se detuvieron ante un antiguo edificio de piedras oscuras.

Los dos inspectores entraron en la casa. El portero, un hombre con barba, levantó los ojos del periódico que tenía en las manos.

—Acaba de entrar una señorita —le dijo Nicholson.

—En efecto —asintió el hombre.

—¿Adónde se ha dirigido? —preguntó Hopkins mostrando sus credenciales.

—Apartamento 115, en el primer piso.

—No se le ocurra avisarles o podría pasarlo mal —le advirtió Nicholson al asustado portero.

—Oh, claro que no, señor...

Subieron hasta la primera planta.

Todo estaba en silencio. Un silencio tenso.

Se detuvieron ante la puerta que llevaba el número 115.

Mientras Nicholson sacaba su arma, Hopkins llamaba con los nudillos. Al cabo de unos segundos de silencio, se oyó una voz de hombre.

—¿Quién es?

—Policía. ¡Abra!

Automáticamente se escuchó un pequeño revuelo en la habitación. Nicholson no se lo pensó dos veces e hizo saltar la cerradura de un disparo.

Cuando entraron allí, se encontraron con una asustada Teresa y un hombre que se disponía a saltar por la ventana con el fin de alcanzar la escalera de incendios.

—¡Quieto! —le ordenó Nicholson.

El hombre se volvió.

Era Jack Mason.

* * *

Nicholson y Hopkins estaban sentados frente a la sobria mesa de despacho del comisario Burton. Este aún no había llegado, pero ambos inspectores se sentían absolutamente tranquilos. No estaban allí para recibir ninguna bronca de su superior, sino para recibir sus felicitaciones por haber resuelto satisfactoriamente el caso.

Burton, un metro noventa de estatura y todo músculo, entró diez minutos después.

—Buenos días, señores... —saludó.

—Buenos días, comisario —saludó Nicholson.

Burton se sentó en su elegante silla y se echó hacia atrás.

—Bien, creo que todo ha terminado, ¿verdad?

—Así es, efectivamente —dijo Hopkins—, Aquí tiene el informe completo, comisario.

Burton lo tomó entre sus manos y lo dejó sobre la mesa.

—Tengo demasiado trabajo para leérmelo, Hopkins. Cuéntemelo usted, por favor.

—Bueno... —sonrió Hopkins—. Ante todo debo confesar que es un caso que me ha llevado de cabeza durante muchas semanas. Incluso hubo un momento en que estuve a punto de abandonar, pero de pronto di con la solución. Ocurrió de un modo casi casual, comisario. De repente, me pregunté por qué Jack Mason había muerto de distinto modo que los demás, es decir, que según todos los indicios se había arrojado al agua con su coche.

—Siga, inspector —le apremió Burton.

—A partir de esa idea, di vuelta atrás al caso. Y me di cuenta de que habíamos cometido un gravísimo error. Y ese error fue no practicarle la autopsia al cadáver que encontramos en la esclusa de Brixton, un cuerpo totalmente desfigurado y con las pertenencias de Mason... Por ese motivo, ordené su exhumación y posterior autopsia. Naturalmente, no se trataba de Mason. Luego, lo único que tuvimos que hacer, fue seguir a su esposa y atrapar a éste.

—Está muy bien, Hopkins —asintió el comisario—. Pero, ¿por qué asesinó Mason a esos tres jockeys?

—El mismo lo ha confesado. Mason era un drogadicto. Benson, Martino y Charly Nelson lo habían descubierto y hablaron de ello con el presidente del Comité Hípico. Naturalmente, después de la correspondiente investigación, Mason fue expulsado y se le retiró la licencia para que pudiera seguir ejerciendo de jockey.

»Aquello significó un duro golpe para Mason porque de ese modo se veía en la imposibilidad de ganar dinero y seguir procurándose la droga. Durante algún tiempo, sin embargo, pudo seguir haciéndolo gracias a sus

ahorros. Pero cuando éstos se terminaron, Mason creyó enloquecer. Su mujer le ayudó durante un tiempo haciendo de prostituta. Sin embargo, llegó un momento en que Mason no pudo soportar por más tiempo aquella situación y pensó en vengarse.

»Imaginó un plan que, de haberle dado resultado, le hubiera permitido dar muerte a sus tres feroces enemigos y salir indemne. He de reconocer que era un plan inteligente y que estuvo a punto de salirse con la suya. ¿Quién iba a sospechar de un muerto?

—Muy bien, Hopkins —dijo el comisario—. Le felicito. Y a usted también, Nicholson. Han hecho un buen trabajo.

Los dos hombres abandonaron el despacho del comisario.

—Me voy a casa, Tom —le dijo Hopkins a su compañero. Después, encendió un cigarrillo—. ¿Sabes? Me muero de ganas de estar junto a mi esposa...

F I N

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

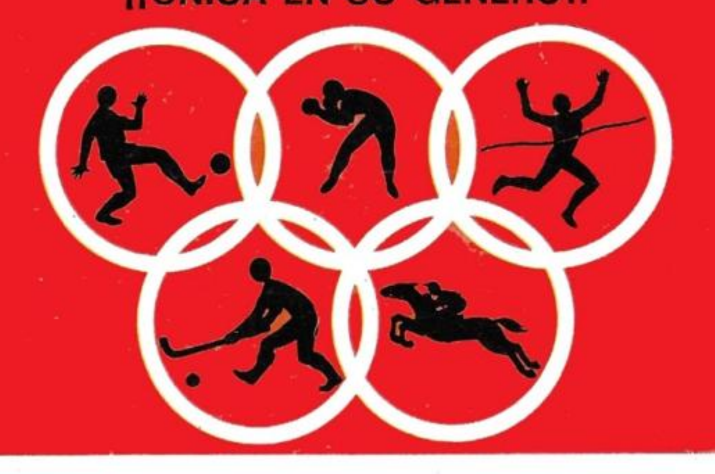
pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España